

ANTES DE LA PALABRA

María Zambrano

TRADUCCIONES DE

Nabil Loukili, Khalid Lehrach, Nadia Baline
y Mohamed Ahl Mehdi

✱ ✱ ✱

POETAS CERVANTES EN ÁRABE

(POCENAR) - 2018

INSTITUTO CERVANTES DE MARRAKECH / FUNDACIÓN ABERTIS

ANTES DE LA PALABRA MARÍA ZAMBRANO

ANTES DE LA PALABRA

María Zambrano

TRADUCCIONES DE

Nabil Loukili, Khalid Lehrach, Nadia Baline
y Mohamed Ahl Mehdi

* * *

POETAS CERVANTES EN ÁRABE
(POCENAR) - 2018

INSTITUTO CERVANTES

DIRECTOR

Luis García Montero

DIRECTOR DE GABINETE

José María Martínez

SECRETARIA GENERAL

Carmen Noguero Galilea

DIRECTOR DE CULTURA

Martín López-Vega González

DIRECTORA DEL INSTITUTO CERVANTES DE MARRAKECH

Yolanda Soler Onís

FUNDACIÓN ABERTIS

DIRECTOR

Sergi Loughney Castells

GERENTE

Georgina Flamme Piera

POCENAR

DIRECCIÓN DE LOS TALLERES DE TRADUCCIÓN

Hassan Boutakka

COORDINACIÓN DE LOS TRADUCTORES

Samir Moudi

SECRETARÍA Y ADMINISTRACIÓN

Sanae Mesmoudi

PUBLICACIÓN

COORDINACIÓN DE LA EDICIÓN

Yolanda Soler Onís

© Instituto Cervantes, 2018

© De los poemas, Fundación María Zambrano

© De los textos preliminares,

María Teresa Fernández de la Vega (p. 15)

María Fernanda Santiago Bolaños (p. 21)

© De las fotografías,

Celia Viñals (p. 12)

Fundación María Zambrano (p. 20)

TRADUCTORES DE LOS POEMAS

Nabil Loukili

Khalid Lehrach

Nadia Baline

Mohamed Ahl Mehdi

TRADUCTOR DE LOS TEXTOS PRELIMINARES EN PROSA

Samir Moudi

COMITÉ EDITORIAL

Sanae Chairi

Imam Lajjam

Jesús Moreno Sanz

Sebastián Fenoy Gutiérrez

Pilar Tena

Justo Almendros

Sara Guerrero

DISEÑO GRÁFICO

Calamar Edición & Diseño

NIP0: 110-18-008-5

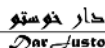
DEPÓSITO LEGAL: M-34632-2018

Edición no venal

Al amparo de la vigente legislación sobre la propiedad intelectual y con apercibimiento de las sanciones previstas en la misma, salvo autorización por escrito de los titulares del copyright, queda rigurosamente prohibida la reproducción total o parcial por cualquier procedimiento o tecnología, aun citando su procedencia.



COLABORADORES:



La Fundación Abertis, a través de su Centro Internacional UNESCO para las Reservas de la Biosfera Mediterráneas y de su compromiso con la sociedad, la seguridad vial, el medio ambiente y la cultura, patrocina esta edición bilingüe de *Antes de la palabra* de María Zambrano.

ÍNDICE

Presentación. <i>Yolanda Soler Onís</i>	11
Poetas Cervantes en árabe. POCENAR 2018	13
Belleza sin fronteras. <i>M.^a Teresa Fernández de la Vega</i>	15
Semillas de dignidad: una invitación a pensar, en árabe, con María Zambrano. <i>Marifé Santiago Bolaños</i>	21

PARTE I

El agua ensimismada	31
Delirio del incrédulo	32
Pámpano, rosa, las eras... ..	34
Muchas gracias	37

PARTE II

La pensadora del aura	41
La inspiración	42
El despertar de la palabra	43
Por qué se escribe	45

PARTE III

Geografía de la aurora	53
La mirada	54
Lo celeste	55
Conocimiento poético	56
Ana de Carabantes	61
Otras huellas	64

PARTE IV

Los hermanos	69
El templo y sus caminos	70
Método	70
Antes de la palabra	71
La palabra en sueños	74
La legitimidad poética del soñar	78

PARTE V

Antes de la ocultación	85
El árbol de la vida. La sierpe	86
La experiencia de la vida	93

PRESENTACIÓN

El programa de traducción y edición Poetas Cervantes en Árabe (POCENAR) celebra con la publicación de *Antes de la palabra. Antología de María Zambrano* el 1.º aniversario de la publicación de las *Consideraciones acerca de la poesía* de la filósofa y escritora española María Zambrano (1904-1991). Este volumen bilingüe es el tercer fruto editorial de POCENAR, una iniciativa del Instituto Cervantes de Marrakech, coorganizada con la Embajada de España en Marruecos, que tiene entre sus fines difundir en los países árabes la obra de los poetas galardonados con el Premio Cervantes, dar visibilidad a la labor de los jóvenes traductores marroquíes y fomentar el diálogo intercultural.

En su edición de 2018 Poetas Cervantes en Árabe ha contado con la colaboración especial del Riad Dar Justo de Marrakech y la Fundación María Zambrano.

La Fundación Abertis ha hecho posible, un año más, con su patrocinio, la publicación en español y en árabe de esta selección de poemas y reflexiones en torno a la poesía de la Premio Cervantes 1988. ¡Ojalá la disfruten!

Yolanda Soler Onís

Directora del Instituto Cervantes de Marrakech



POETAS CERVANTES EN ÁRABE. POCENAR 2018

Traductores de María Zambrano

Nabil Loukili (1976)

Licenciado en Lengua y Literatura Hispánicas por la Universidad Sidi Mohamed Ben Abdillah de Fez, es profesor de español en el Instituto Ibn Sina de Safi. En 2008 obtuvo el Premio de Narración Corta de la Consejería de Educación de la Embajada de España en Rabat.

Khalid Lehrach (1979)

Licenciado en Estudios hispánicos por la Universidad Mohamed V de Rabat, es doctorando en Traducción y Comunicación en la Facultad de Letras Mohamed V de Rabat y profesor de español en el Instituto Ibn khaldoune de Beni Mellal.

Nadia Baline (1987)

Licenciada en Filología Hispánica y Máster en Traducción y Comunicación por la Universidad Hassan II de Casablanca, es doctoranda en Lenguas y Culturas del Mundo ibérico e iberoamericano. Profesora titular de español de la secundaria pública marroquí.

Equipo Pocenar 2018. De pie, de izda. a dcha.: Samir Moudi, Hassan Boutakka, Yolanda Soler Onís, Mohamed Ahl Mehdi, Nabil Loukili, M^a Fernanda Santiago Bolaños, Khalid Lehrach y Sanae Mesmoudi. Sentadas: Nadia Baline y M.^a Teresa Fernández de la Vega.

Mohamed Ahl Mehdi (1990)

Licenciado en Filología Hispánica por la Universidad Ibn Zohr de Agadir y Diplomado en Traducción e Interpretación en Árabe-Español-Francés por la Escuela Superior Rey Fhad de Traducción de Tánger, es traductor e interprete.

Los traductores, seleccionados mediante concurso, realizaron parte de su trabajo en régimen de residencia en los talleres literarios de la Biblioteca Juan Goytisolo del Riad Dar Justo en Marrakech. Fueron asesorados en todo momento por un equipo de expertos en literatura y traducción que en esta edición contó con la colaboración especial de dos profundas conocedoras de la obra de Zambrano, la Dra. María Fernanda Santiago Bolaños, escritora y profesora especialista en Estética y Teoría de las Artes y autora de numerosos artículos y ediciones de Zambrano, y de la magistrada y política española María Teresa Fernández de la Vega, presidenta del Consejo de Estado y de la Fundación Mujeres por África.

El Dr. Hassan Boutaka, profesor de Lingüística y Traducción de la Facultad de Letras de la Universidad Hassan II de Casablanca, dirigió el programa como traductor experto, y Samir Moudi, traductor y profesor de español del Instituto Al Faqih Mohamed Binbine de Marrakech, coordinó a los traductores de María Zambrano.

Con esta edición de 2018, POCENAR afianza su proyecto de producir y publicar en árabe la obra de los poetas Cervantes en unas condiciones que garantizan, además de la calidad de las traducciones, la formación y proyección de los jóvenes traductores marroquíes.

BELLEZA SIN FRONTERAS

María Teresa Fernández de la Vega

Me hace enormemente feliz formar parte, a través de estas líneas, de un libro de mi muy admirada María Zambrano. Y no menos, que ese libro, traducido al árabe gracias al empeño del Instituto Cervantes de Marrakech, pueda ser leído por los lectores de esa maravillosa lengua. Y es que estoy convencida de que a ella, que tanta trascendencia otorgó a la poesía, le hubiera encantado ver sus versos trasladados a la lengua que ha dado obras sublimes a este género.

También estoy segura del enorme contenido simbólico que ella habría encontrado en esta publicación. Y sin duda lo tiene. En un momento que debería significar el triunfo de la diversidad, del mestizaje, de la hermandad de los diferentes, pues ese es al fin el único destino viable de un mundo globalizado, no vemos prosperar el «nosotros», la única persona en que la ciudadanía mundial puede realmente declinarse.

Pero libros como el que el lector tiene en las manos forman parte de las iniciativas que contribuyen a que ese destino pueda hacerse realidad. Libros que comparten la lengua, el amor por la belleza de la palabra y del pensamiento, el deseo de descifrar lo más profundo de una humanidad de la que todos formamos parte, sean cuales sean nuestra raza, nuestro color o nuestras creencias.

Una reflexión sobre el ser humano que María Zambrano siempre encontró incompleta en la filosofía racionalista europea, porque en ella no había lugar para la intuición. Tampoco para el cambio, los sueños, la poesía. De hecho, veía no pocas trazas de patriarcado en esa filosofía que, según escribió, se forjó una imagen de hombre y *Todo lo distinto, lo heterodoxo fue asumido como problema.*

Creo que tenía mucha razón, y en lo que, en este tiempo, se ha convertido nuestro mundo, la aldea global que nos ha traído la revolución de las nuevas tecnologías, es el mejor ejemplo de ello. Hoy la diversidad, la pluralidad, el entendimiento y respeto al otro, hacer sitio para todas las diferencias, son las claves para poder convivir en paz y en libertad. Valor este que, en el caso de María, se superpone a todos y marcará su vida, su obra y su pensamiento.

Sumergirse en la obra de María Zambrano, en su legado vital y literario, es una magnífica manera de profundizar en estos valores cuyo lugar estratégico en la comprensión y organización de nuestro mundo supo ver como muy pocos en su época. Como escribe en uno de sus artículos políticos «aspiramos a una firme democracia con profundos arraigos sociales, a la crítica cultural y política de occidente en orden a, precisamente, superar sus escisiones, alineaciones, injusticias (y aun esclavitudes) sociales e imperialismos. Y en general, a la superación de su “absolutismo”, del signo que fuese».

Conocer, trasladar a otras lenguas el trabajo, la aportación política, filosófica, literaria de mujeres como María Zambrano. Sacar su obra a la luz pública de otras culturas ayuda a universalizar la biografía, los acontecimientos, los pensamientos en los que participaron mujeres que fueron relevantes, que han sido clave para la humanidad, incorporando todo su bagaje histórico y social a una ciudadanía cosmopolita.

No en vano fue una mujer en un mundo de hombres. La diferente en el universo pretendidamente homogéneo del patriarcado. Un universo del que rompió muchos moldes y que todavía hoy, con su figura y su obra, sigue ayudando a romper a muchas mujeres.

La persona específica, María Zambrano, es también parte de la Generación del 27. Junto con otras mujeres, pertenece a las conocidas como «Las sin sombrero», nombre que se da a estas intelectuales tan injustamente olvidadas que fueron clave en el desarrollo de un pensamiento rompedor, de vanguardia artística y cultural de esos años en diversos ámbitos como la filosofía, el arte o la literatura. Mujeres que llegaron a ver cómo una larga lucha, solitaria y tenaz, minoritaria y complicada, conquistaba para todas su derecho a ser ciudadanas, su derecho al voto. Mujeres que empezaron a escribir en prensa, como la propia María Zambrano, que durante 1928 mantendrá una columna en el periódico *El Liberal* llamada, precisamente, «Mujeres».

María Zambrano, una mujer que se sube al tren en marcha de su tiempo, que casi inaugura una ciudad universitaria, la primera, en Madrid. Que participa en las tertulias culturales de la ciudad, en las iniciativas filosóficas, intelectuales, artísticas y políticas del momento, donde se apuntan todas las temáticas esenciales de su obra; desde lo que denominó el sentir originario, el hombre como ser a medias, el saber de experiencia, los sueños, la creación por la palabra, las artes, la relación entre poesía, filosofía y religión... Que da conferencias y recorre una España desigual, donde la dificultad en las comunicaciones es el mejor símbolo de otra dificultad mucho más sutil: la de que la justicia se reparta como le corresponde a la democracia, ese orden, escribe Zambrano, mucho más musical que arquitectónico, donde ser persona no es un derecho, sino una exigencia.

Ese tiempo de su gran obra que es *Delirio y Destino*, a la que la autora se refiere como «una novela», en una carta dirigida a un buen amigo segoviano, contando sus recuerdos en la ciudad «que se alza hacia la luz», como escribe ella de Segovia.

Esa luz que comienza en su Vélez-Málaga natal. Llega al Madrid de la muy temprana infancia. Se aposenta en Segovia, donde crece y descubre a una mujer que ya se presagia en la niña y en la adolescente, y regresa, otra vez, a Madrid, ahora para concluir Filosofía porque, como dice en otro lugar, sabía que la cantidad de preguntas que la vida le va exigiendo hacerse solo pueden encontrar una calma, lo que no quiere decir una respuesta, desde la constante plenitud de una duda.

En esta paradoja, Zambrano relata un viaje que se va entregando como ejercicio cívico contra el posible olvido. Lo escribe en otro de sus libros, *Hacia un saber sobre el alma*, «aquello que no puede decirse es, precisamente, lo que se tiene que escribir». Y eso es lo que ella hace en *Delirio y Destino*, que escribe en tercera persona de modo que lo que sabemos es una autobiografía que cobra un nuevo sentido, el de la confesión «como género literario», según el afortunado título de otro de sus libros. Hay momentos de intensa belleza en el tratamiento de los personajes que la van acompañando, en lo que cuenta y en el cómo lo cuenta, convertida en personaje de la narración relata una vida del mismo modo que se recorre la intuición o el recuerdo de una luz que guía.

No puedo dejar de mencionar esas páginas en las que la memoria que narra, en el delirio de los recuerdos, regresa al 14 de abril de 1931, a la alegría

de una ciudad, de un país que pide, así lo escribe ella, que no muera nadie, que viva todo el mundo. Una fiesta de la libertad por la que tanto trabajaron muchos intuyendo quizás que los frutos serían para el porvenir, lo que hace más grande, más generosa, su acción.

Y se van sumando memorias que llegaron después, la de la Guerra Civil, la de la salida de España hacia el exilio.

Queda un eco del pasado en el alma, sin embargo, María Zambrano no deja que la nostalgia o el desánimo empañen las palabras. Al contrario, acepta el tiempo que le tocó vivir, aunque eso no significa, en absoluto, que lo comparta, que comparta muchos de los dolores que, quizás desde lo que la razón poética significa, podrían haberse evitado; una razón poética que se fue abriendo paso, en silencio, a través de la esperanza cuyo vehículo de expresión, su forma de revelación fue la poesía. En la poesía, dice María, se ha verificado una nueva reintegración de España, se ha tomado contacto con el fondo anudando tradición y la pasión siempre viva de la cultura popular.

«Conciencia y memoria, continuidad y esperanza. Y ha sido en la poesía como se ha mostrado. Pues mientras el pensamiento necesita razones más positivas, más hechas para acoger algo dentro de sí, la poesía tiene por vocación acudir a cantar lo que nace. Y lo que nace, sobre todo, a despecho de lo que la rodea. La poesía, en suma, para nuestra autora, exige menos y ofrece más que el pensamiento; su esencia es su propia generosidad».

La continuidad de España se ha expresado por la poesía sí, pero igualmente por la sangre que también tiene su universalidad. Mas sin la palabra no sería comprendida. La palabra es La Luz de la sangre. Las dos mantendrán viva la memoria y mientras exista poesía existirá España.

Y así transita los senderos oscuros que ya se avecinan y no se resigna porque se sabe una víctima de esa historia sacrificial que exige sangre, porque se sabe, de lo que ella llama «generación del toro».

Y frente a esa historia que pide sacrificios, que sobre los sacrificios, la muerte y las víctimas asienta sus cimientos, se alza *Delirio y Destino*, como una bandera blanca de paz, como una vela desplegada en un barco rumbo al «destino». Un destino que se le abre ante los ojos cuando la voz que narra recuerda lo que significó ver la silueta del cuerpo del «Nuevo Mundo».

No hay mejor manera para hablar de lo que supuso llegar a América, un pedazo de tierra que se le ofrece al alma de María Zambrano, desterrada, sin

tierra, expulsada de su casa, de su suelo y, como escribe en otro lugar refiriéndose a la condición de exiliada, expulsada también de su tiempo.

Ojalá sea tanta la luz que propague esta obra que lleve, para quienes tengan la suerte de viajar por sus páginas, un destino de generosidad y paz, de justicia y equidad. Un mundo como el que María Zambrano soñó durante toda su existencia.

En una tradición muy mediterránea, ella, que se dice muy senequista, muy española sin duda, hace del contar su propia vida un ejercicio de responsabilidad con la historia, con la memoria de la historia.

De este modo, siendo la confesión «un género literario», la literatura permite que esa memoria no esté sola sino que esté acompañada de la memoria de un pueblo, de un país, de un continente, de un mundo, de un tiempo.

Una mujer, y he de terminar diciéndolo así, que, como la Antígona de su obra de teatro, representa toda una época. Es, por ello mismo, nuestra más fiel contemporánea.

Recrearse con su bella palabra, con la hondura de sus versos, con su pensamiento, tan libre como ella lo fue, está ahora al alcance también de los lectores árabes.

Disfrútenlo.



**SEMILLAS DE DIGNIDAD:
UNA INVITACIÓN A PENSAR, EN ÁRABE,
CON MARÍA ZAMBRANO**

María Fernanda Santiago Bolaños

I

Se es de donde queda prendida la mirada, le escribe María Zambrano a su amigo el pintor Jesús González de la Torre. A ella se le quedó prendida la mirada en la luz solar de un limonero andaluz a cuya altura la elevó su padre, don Blas Zambrano, cuando María era apenas un bebé en la Vélez-Málaga de su nacimiento. Lo escribirá más tarde, cuando la niña enfermiza, sagaz e inquieta sea ya la grandísima pensadora María Zambrano: «a mi padre, porque me enseñó a mirar».

La historia ciega caminos que hacen difícil llegar al claro de un bosque. Pero ese claro existe, aunque la historia, muchas veces, lo oculte obligándonos a renunciar a la biografía soñada porque la otra, la que destruyen los hechos tantas veces, impide la llegada de lo anhelado, de lo que deja de ser egoísta y se transforma en compartido. Sin embargo, cuando se sueña con tesón racional y poético, frente a la rigidez de una tradición impuesta, se ofrece la fluidez respetuosa de la música, donde acción y atención, voz y escucha deben ir juntas. Así lo expresa María Zambrano, porque no se puede renunciar a hallar un espacio que dé cobijo a la precaria condición humana, a su naturaleza siempre menesterosa y por hacer, y que el cobijo, que la madriguera, que el *ethos* (porque esa

es la raíz de la palabra *ética*) pueda ser la mejor casa, la más generosa, la que preserva y comparte el sonido de la esperanza, el sonido que es palabra y que lleva, en la palabra, la posibilidad de un diálogo sin miedo al que, en apariencia, no se nos parece, pero de quien somos, ignorándolo acaso, espejo y reflejo.

Esa palabra viajera, la que inicia su andadura en cualquier lugar del mundo y llega a otro lugar ajena a las distancias del espacio y del tiempo, es un pasaje entre el miedo que acaba provocando el hábito y el infinito sin fronteras, cuya geografía da cabida a todas las personas. Esa palabra viajera es una «traducción». Tiene como materia la paz y el respeto, y como horizonte, el encuentro.

Eso procura una buena traducción: la apertura de ventanas en el aire para que entre la luz del pensamiento y de la imaginación, esos hilos de Ariadna capaces de conducirnos, con templanza, por los caminos de este complejo bosque laberíntico que es vivir, y anunciarnos la certeza de un claro donde hallar cobijo, sosiego y asombro creador.

II

María Zambrano dejó su mirada en aquel limonero luminoso de la primera infancia. Y mantuvo, para siempre, esa actitud. Así lo hizo en el Madrid al que se traslada siendo muy niña, y al que regresará para acabar sus estudios universitarios. Mas, sin dudarlo, será en Segovia, adonde llega con 5 años, donde germinará ese mirar que preludia el proyecto de pensamiento que ella llamará «razón poética». Porque hay lugares, dirá, donde no cae la luz, sino que es el propio lugar el que se eleva hacia ella. Y en ese ascenso, vuelan también quienes los habitan.

Pero ¿qué es la razón poética? Es no aceptar la limitación de la razón violenta, esa razón que excluye la creatividad y el sentimiento, que se aleja con temor de la felicidad, que ignora la piedad. Es atreverse a seguir el sueño creador y aliarlo con la guía que el pensamiento racional ha de ser siempre. Es comprender que nuestra precaria condición de seres inacabados no justifica la frustración que acarrea un canon impuesto que define éxitos y derrotas.

Blas Zambrano y Araceli Alarcón, ambos pedagogos, se trasladan a Segovia, con su hija María, en 1909. Allí crecerá esta, amparada por la historia, por la voz de la memoria que se conserva en sus gentes, en sus calles, en cada rin-

cón habitado por el sueño de la humanidad que avanza y retrocede sobre los pilares de una época de la que María Zambrano aprende a ser quien llegará a ser. En Segovia, nace su hermana Araceli en 1911. En Segovia, hará María Zambrano el bachillerato, madurará al amparo de los amigos de su padre, como Antonio Machado, por señalar un nombre. Su alma infantil, adolescente, su alma de la primera juventud, compartirá las iniciativas cívicas que ellos llevaban a cabo para su presente, construyendo un futuro de dignidad, como la fundación de la Universidad Popular, para que quienes habían sido excluidos, por nacimiento, de la grandeza de la cultura pudieran aprender a reclamarla, a crearla, a compartirla. Pudieran, mediante la educación que sus circunstancias parecían negarles, erradicar la siempre discriminadora injusticia.

Ante el imponente paisaje que se contempla desde la altura del Alcázar de Segovia, en ese tiempo de aprendizajes, María Zambrano descubrirá, conversando con su padre, que una niña «no puede ser caja de música ni caballero templario». Que una mujer está hecha de renunciaciones que otros le imponen. Es ahí, dirá, donde las razones de su corazón deciden que tiene que estudiar Filosofía: porque no somos eternos y, por tanto, hay que esforzarse por entender qué es la vida, elegir qué podemos hacer en ella, cuestionar lo que se nos dice que debemos hacer en ella sin preguntarnos nuestra opinión.

El paisaje despierta en el ser humano intuiciones y certezas que, acaso, no tienen palabra para nacer. Hace falta que alguien cruce al otro lado, «traduzca» desde ese pacto de convivencia que es un idioma. Porque desde nuestro paisaje-lengua aprendemos la ciudadanía, y nos enfrentamos a los obstáculos sociales que pudieran impedir la gestación de un pacto social donde no solo sea posible, sino una feliz exigencia, ser persona. Acaso tales experiencias, en las que no es difícil reconocernos, permitan a María Zambrano sobrevivir cuando, como tantos compatriotas suyos entonces, como todavía tantos seres humanos en nuestros días, tenga que exiliarse. Si bien dirá que al exiliado no solo se le roba el espacio, sino el tiempo, escribirá algo que, en sí mismo, justificaría este empeño que ahora prologamos, esta traducción de su obra tan necesaria para que se «desvele», simbólicamente, la aurora:

En mi exilio, como en todos los exilios de verdad, hay algo sacro, algo inefable, el tiempo y las circunstancias en que me ha tocado vivir y a lo que no puedo renunciar. Salimos del presente para caer

en el futuro desconocido, pero, sin olvidar el pasado, nuestra alma está cruzada por sedimentos de siglos, son más grandes las raíces que las ramas que ven la luz. Es en la obra del amanecer, trágica y de aurora, en que las sombras de la noche comienzan a mostrar su sentido y las figuras inciertas comienzan a desvelarse ante la luz, la hora de la luz en que se congregan pasado y porvenir.¹

III

Fue la suya la «generación del toro», dirá, la generación que vio sacrificados, en una guerra fratricida, sus ideales democráticos.

María Zambrano comenzará su exilio en 1939. Iniciará una peregrinación física y simbólica como la de Antígona, la hija del mítico Edipo, a la que le dedicará una pieza teatral maravillosa: *La tumba de Antígona*. Antígona es esa muchacha que ha de elegir entre la ley de la ciudad y la de su corazón, porque la historia que la aprisiona no sabe o no quiere escuchar ese otro mundo posible donde sea el amor quien alumbre, donde sea la piedad la única ley.

Su padre había muerto en España antes de que la familia pudiera atravesar la frontera que daría testimonio, definitivamente, de su derrota, aquel fatídico 1939. Antonio Machado le había dedicado las palabras más hermosas y emotivas que se le pueden dedicar a un amigo al que se quiere y respeta. El poeta también morirá en el exilio pocos días después de comenzar lo. Para la filósofa, primero será París, donde se quedan su madre y Araceli. De París a México, Puerto Rico, Cuba. Regresará a Europa, una primera vez, cuando le anuncien la gravedad del estado de su madre. María Zambrano no llegará a tiempo para su entierro, pero además conocerá la sobrecogedora realidad de su hermana Araceli, torturada por la Gestapo. A partir de ese momento, las dos hermanas serán inseparables, recorrerán el resto de este viaje sin tierra y sin tiempo: el exilio. Cuba, Roma, La Pièce, en el Jura francés, hasta la muerte de Araceli.

En los años 60 y 70 del novecientos, jóvenes poetas, filósofos, artistas, empiezan a visitar a esta dama misteriosa y genial, a la que Lezama Lima

¹ Zambrano, María (2009): *Las palabras del regreso*, Madrid, Ed. Cátedra, edición de Mercedes Gómez Blesa, p. 67.

llamó «sibila», a la que Cioran admiró tanto, a la que Albert Camus quiso publicar en francés, la que inspiró a René Char, a Héctor Ciocchini, la de la conversación clara y abismática con Víctor Erice, con José Miguel Ullán, con Amalia Iglesias, con César Antonio Molina o con José Ángel Valente.

María Zambrano escribe, desde la extrema pobreza material, desde la soledad. Su obra, admirada, venerada en América, en Italia, en Francia, empieza a despertar la conciencia de jóvenes pensadores, de jóvenes artistas. Desde su exilio, María Zambrano asiste a los cambios que se producen en España. Podemos imaginarla recordando, atesorando en sus páginas de entonces, la memoria, revisando los nombres imprescindibles de su formación. Recordaría su juventud implicada en aquella «hora de España» que la Guerra Civil enterró en una fosa común. Recordaría las Misiones Pedagógicas, que pretendían llevar la grandeza de la cultura a todos los rincones donde nadie había pensado que pudiera merecerse ese derecho innegociable que es el derecho a la dignidad. Recordaría su proximidad con experiencias que trabajaban, sin descanso, por la igualdad entre las mujeres y los hombres, como la Residencia de Señoritas, creada para que las mujeres que iban a Madrid a estudiar en la universidad tuvieran un espacio intelectualmente confortable, comprometido. O el Lyceum Club. Recordaría el significado de ser una «mujer moderna», una «sin sombrero», como las llamaron de un modo despectivo cuando ellas decidieron «tomar la calle» para que nunca más una mujer tuviera que renunciar a la libertad. Recordaría a sus amigos de entonces, a Lorca, a Concha Méndez, a Maruja Mallo, a Miguel Hernández, a Rosa Chacel... Se recordaría ella, aquella joven inquieta que, en 1928, tiene una columna llamada «Mujeres» en el periódico *El Liberal*. Haría, quizás, inventario de los títulos de sus obras, de las ya escritas, de las que quedaban por escribir: *España, sueño y verdad*, *Persona y democracia*, *El pensamiento vivo de Séneca*, *Delirio y Destino*, *La España de Galdós*, *Hacia un saber sobre el alma*, *Los sueños y el tiempo*, *Claros del bosque*, *Filosofía y Poesía*, *El hombre y lo divino*...

Quizás, en esa hora del regreso, rodeada de sus míticos gatos, desenterraba las semillas guardadas, trazaba el mapa que otros recorrerían gracias a ella, e imaginaba su obra en lenguas amadas porque universalmente amada es la cultura que las lenguas expresan. Una lengua atesora un mundo. Traducir es compartir lo que en ese mundo germina, los sueños, los deseos, los temores y la valentía de quienes habitan esas palabras. Traducir es una invitación al encuentro, a la concordia.

María Zambrano regresó a España el 20 de noviembre de 1984. La recibe en el aeropuerto de Madrid el entonces director general del Libro del Gobierno de España, Jaime Salinas, hijo del que fuera su gran amigo de juventud y generación, el poeta Pedro Salinas. No deja nada al azar, todo es simbólico y está preparado para que la ceremonia culmine.

En 1988, los reyes de España se desplazan hasta su casa, tan precaria es ya su salud, para entregarle el Premio Cervantes. Es la primera mujer que recibe tan prestigioso galardón. Hace ahora treinta años, tantos como los que tiene la fundación que lleva su nombre en su Andalucía natal. Llegan los reconocimientos públicos, las investigaciones en torno a su obra, los premios...

Sin embargo, es cierto que al exiliado se le roba el espacio, pero sobre todo se le roba su tiempo. Porque el exiliado que regresa sabe que ese tiempo ya no es suyo. Sus últimos años, rodeada en su casa de Madrid de gatos, símbolos y nuevos amigos, tendrá, sobre todo, la memoria como compañía. Le gustaba pasar la noche en vela contándole a quien tuviera la suerte de oírlos recuerdos de su juventud, lo mejor y lo peor de aquellos años que se llevó lejos de España a tantos como ella. Haría balance de esos espacios metafísicos ya vacíos, ya deshabitados porque la vida se había marchado de ellos. Y, sin embargo, su obra, sus proyectos seguían creciendo porque cada vez eran más quienes se acercaban a su obra, como ha de hacerse con las palabras de una maestra, que no busca serlo pero que lo es, para que se conviertan en el impulso hacia ese conocimiento propio, hacia ese atreverse a saber, a crear.

Esos huecos se llenan de vida, dándole continuidad a la historia, cuando sus palabras son vertidas, con tanto rigor como amor, al árabe. Cuando la directora del Instituto Cervantes de Marrakech, Yolanda Soler, en un acto de responsabilidad con la belleza, con la sabiduría, con la igualdad que nos hace crecer como seres humanos, propone traducir a María Zambrano al árabe. Un acto de amistad. Un acto de amor. Del mismo, nace este libro, esta fuente que han traído cinco personas de bien, impregnadas de compromiso con su cultura, con su lengua, con el mundo que protagonizan, que protagonizamos.

María Zambrano murió en febrero de 1991. Su legado ha ido tejiendo un hermoso manto que habla ya tantas lenguas como reclaman su presencia. Seminarios internacionales, grupos de trabajo estables en Italia, Francia,

Alemania, Estados Unidos, Iberoamérica, dan testimonio de una pionera y, a la par, de alguien capaz de alumbrar nuestro oscuro presente con la llama de la esperanza activa.

Y ahora una selección de su obra en árabe, como una invitación a su lectura y a seguir traduciéndola. De la simiente particular, de lo que nos hace irrepetibles, indispensables, hacia lo universal, pues no otra cosa lleva en sus entrañas la acción de traducir, de verter, de «atravesar el puente». Descubrir que la grandeza de una obra como la de María Zambrano no se agota en sí misma, sino que se ramifica y crece, ofreciéndonos cobijo ante la incertidumbre que caracteriza nuestra época. Cobijo, ética entonces. Y semillas-palabra que habremos de sembrar en nuestro propio y genuino jardín de lo común.

Corresponde a la tarea lectora mantener esta llama encendida, hacerla hoguera purificadora, fuego benefactor que prepare la tierra de la esperanza, la tierra del respeto y de la convivencia. La tierra de la paz. Lo escribió ella en su último artículo, pocos meses antes de morir:

Entrar en el «estado de paz» significa atravesar un umbral: el umbral entre la historia, toda la historia habida hasta ahora y una nueva historia. Se trata, pues, de una verdadera «revolución», el doble cumplimiento de ese sueño de la revolución pacífica que tantos grandes espíritus han soñado; el doble cumplimiento porque además de ser pacífica la revolución, su contenido sería justamente la paz. [...] Y así, estado de paz no habrá hasta que surja una moral vigente y efectiva a la paz encaminada, hasta que aquellas energías absorbidas por las guerras se encaucen, hasta que el heroísmo encuentre vías nuevas, el heroísmo de los que cifran en la guerra el cumplimiento de su vida, hasta que la violencia no sea cancelada de las costumbres, hasta que la paz no sea una vocación, una pasión, una fe que inspire e ilumine.²

Leer a María Zambrano: vocación de paz.

El Espinar, primavera de 2018

² Zambrano, María: *op. cit.*, pp. 111-112.

PARTE I

El agua ensimismada

Para Edison Simons

El agua ensimismada
¿piensa o sueña?
El árbol que se inclina buscando sus raíces,
el horizonte,
ese fuego intocado,
¿se piensan o se sueñan?
El mármol fue ave alguna vez;
el oro, llama;
el cristal, aire o lágrima.
¿Lloran su perdido aliento?
¿Acaso son memoria de sí mismos
y detenidos se contemplan ya para siempre?
Si tú te miras, ¿qué queda?

Delirio del incrédulo

Bajo la flor, la rama
sobre la flor, la estrella
bajo la estrella, el viento;
¿Y más allá?
Más allá ¿no recuerdas?, solo la nada
la nada, óyelo bien, mi alma,
duérmete, aduérmete en la nada.
Si pudiera, pero hundirme.
Bajo la flor, la rama...
Ceniza de aquel fuego, oquedad, agua espesa
y amarga, el llanto hecho sudor
la sangre que en su huida se lleva la palabra
y la carga vacía de un corazón sin marcha.
Bajo la flor, la rama...
De verdad ¿es que no hay nada?
Hay la nada.
La nada, óyelo bien, mi alma.
duérmete, aduérmete en la nada.
Y que no lo recuerdes. Era tu gloria.
Bajo la flor, la rama...
Más allá del recuerdo, en el olvido,
escucha en el soplo de tu aliento.
Mira en tu pupila misma dentro
en ese fuego que te abrasa, luz y agua.
Bajo la flor, la rama...
Mas no puedo, no puedo.

Ojos y oídos son ventanas.
Perdido entre mí mismo
no puedo buscar nada
no llego hasta la Nada.
Bajo la flor, la rama
sobre la flor, la estrella
bajo la estrella, el viento.
¿Y más allá?
Más allá ¿no recuerdas?,
solo la nada.

Pámpano, rosa, las eras...

Pámpano, rosa, las eras
las navas

Altura carrascal
cántaro, hombre, las eras
ladera, azul, la quebrada
cabrerizo, gris, las breñas
la enramada y el molino
y a mí qué, de qué te quejas
taciturno. Horado [...]
siempre, jamás, nunca
amor, ausencia

Silencio. Ya no más
qué lejos

Pan: cántaro, hogaza
no vuelvas.

huidas

Muerto y yerto. Calcinado
ardiente y feliz, las arenas
Juntas, secano
barbecho, quietud, [...]
cuita, faenar, gozo, siesta
llanto, amor, serranía
aire. Amanecidos
soledad, angustia, calma
sonrisa. ¿Por qué no?

reja
colibrí y mes de mayo
siempreviva, candela
enlucida, cal, claveles
rosa y tomillo [...]
acacias entre dos luces
enterrarme mecida, vega
cantueso, humilde, brega
di que sí y será. Alondra, paloma
risa. ¿Qué esperas?

tártagos	No [...]
somorujos	Ensimismado y amargo
somormujos (*)	España, amarilla; [...]
	desconocido y [...]
	confuso, [...] pelea
	humillada y sin ventana
	ya acabó. Desvívete
	No te mueras
	Resucita y agoniza
	No te detengas. Sierpe. Sirena.
	¿Para qué? ¿No ves?
	No quiero: quería. Sueño
La sombra	Ancestro. Fiera
de la	
Corneja	
	No vuelvas
	ojos, manos, atropello
	helada, acecho, qué pena

entregas

extranjería [...] [...] [...]

embelesos Madrugada embebiendo. Pecado

Culpa. No vuelvas

No vuelvas. No [...] cuitas

las candelas sudores Amor

Antes de

morir

quisiera

transverberación

y Ángel

o

substancia

herida. Pero

esencia

huesos

médula

deshechos

al cabo de tantas penas

qué vida

Virgen. Paloma. Pureza

Nada

No vuelvas

Nadie esta Nada

Estrellas Alba

¡La Virgen! Luna, El Mar

La luz

Paraíso. Entrañas Madre

La Alba

No vuelvas

Taciturno [...] nada

protestante. Rienda

suelta

caridad

locura viviente

obediencia

Libertad. No: admirar

¿Por qué no me

entiendes? ¡Señor!

Muchas gracias

Muchas gracias;
muchas, muchas gracias.
Qué va. Está muy bien.
Dispénseme, señora.
No hay de qué.
Está completo, pero está muy bien.
Un farsante, un cuentista,
un enterao
—la Place de l'Alma—, un cualquiera,
me da igual.
Cuando usted quiera.
Ah, señora, ¡si usted supiese!
Está bien.
Aquellos buenos tiempos...
Mas París es París, y está muy bien.
Aunque no lo comprendo.
L'Étoile, Notre-Dame, Les Champs,
se sabe, ¿por qué no?
Encuentro, encontraré, ¿encontré
ya?
Entonces, apresúrese, vaya.
¿Por qué no?

PARTE II

La pensadora del aura

Nacer sin pasado, sin nada previo a que referirse, y poder entonces verlo todo, sentirlo, como deben sentir la aurora las hojas que reciben el rocío; abrir los ojos a la luz sonriendo; bendecir la mañana, el alma, la vida recibida, la vida ¡qué hermosura! No siendo nada o apenas nada por qué no sonreír al universo, al día que avanza, aceptar el tiempo como un regalo espléndido, un regalo de un Dios que nos sabe, que nuestro secreto, nuestra inanidad y no le importa, que no nos guarda rencor por no ser...

... Y como estoy libre de ese ser, que creía tener, viviré simplemente, soltaré esa imagen que tenía de mí misma, puesto que a nada corresponde y todas, cualquier obligación, de las que vienen de ser yo, o del querer serlo.

La inspiración

Lo primero en el respirar ha de ser la inspiración, soplo que luego se da en un suspiro, pues que, en cada expiración, algo de ese primer aliento recibido permanece alimentando el fuego sutil que encendió. Y el suspirar parece que vaya a restituirlo, lavado ya por el fuego mismo que ha sustentado, el fuego invisible de la vida que parece ser su sustancia. Una sustancia formada a partir de la inspiración primera en el inicial respiro, y que, inasible, encadena al individuo que nace con el respirar de la vida toda y de su escondido centro. Y a imagen e imitación de ese centro de la vida y del ser, el respirar se acompasa según su propio ritmo, dentro de los innumerables ritmos que forman la esfera del ser viviente. Mas el ser, obligado a ser individualmente, se quedará en un cierto vacío, de una parte, y, a riesgo de no poder respirar, de otra, entre el lleno excesivo y el vacío. Y tendrá que esforzarse para respirar, oprimido por la demasiada densidad de lo que le rodea, la de su propio sentir, la de su propio pensamiento, la de su sueño que mana sin cesar envolviéndole. Y suspira entonces llamando, invocando un retorno más poderoso aún que el de la primera inspiración, que atravesase ahora, en el instante mismo, todas las capas en que está envuelto su escondido arder, que por él se sostienen. Una nueva inspiración que lo sustente a él, a él mismo y a todo lo que sobre él pesa y se sustenta.

El despertar de la palabra

Indecisa, apenas articulada, se despierta la palabra. No parece que vaya a orientarse nunca en el espacio humano, que va tomando posesión del ser que despierta lenta o instantáneamente. Pues que si el despertar se da en un instante, el espacio le acomete como si ahí le hubiese estado aguardando para definirle, para hacerle saber que es un ser humano, sin más. Mientras el fluir temporal, en retraso siempre, se queda apegado al ser que despierta envuelto en su tiempo, en un tiempo suyo que lo guarda todavía sin entregarlo, el tiempo en el que ha estado depositado confiadamente. Y la palabra se despierta, a su vez, entre esta confianza radical que anida en el corazón del hombre, y sin la cual no hablaría nunca. Y aun se diría que la confianza radical y la raíz de la palabra se confundan o se den en una unión que permite que la condición humana se alce.

Es de dócil condición la palabra, lo muestra en su despertar, cuando, indecisa, comienza a brotar como un susurro en palabras sueltas, en balbuceos, apenas audibles, como un ave ignorante que no sabe dónde ha de ir, mas que se dispone a levantar su débil vuelo.

Viene a ser sustituida esta palabra naciente, indecisa, por la palabra que la inteligencia despierta profiere como una orden, como si tomara posesión ella también, ante el espacio, que implacablemente se presenta, y ante el día, que propone una acción inmediata que cumplir; una en la que entra toda la serie de las acciones. Palabras cargadas de intención. Y la palabra primera se recoge, vuelve a su silencioso y escondido vagar, dejando la imperceptible huella de su diafanidad. Mas no se pierde. Como un balbuceo, como un susurrar de la inextinguible confianza, atravesará las series de las palabras dictadas por la intención, soltándolas por instantes de sus cadenas. Y en esta breve aurora se siente el germinar lento de la palabra en el silencio. En el débil resplandor de la resurrección, la palabra al fin se desprende dejando su germen intacto,

que en el débil clarear de la libertad se anunciaba un instante antes de que la realidad irrumpiese. Y quedaba así luego la realidad sostenida por la libertad y con la palabra en vías de decirse, de tomar cuerpo. La palabra y la libertad anteceden a la realidad extraña, irruptora ante el ser no acabado de despertar en lo humano.

Por qué se escribe

Escribir es defender la soledad en que se está; es una acción que solo brota desde un aislamiento efectivo, pero desde un aislamiento comunicable, en que, precisamente, por la lejanía de toda cosa concreta se hace posible un descubrimiento de relaciones entre ellas.

Pero es una soledad que necesita ser defendida, que es lo mismo que necesitar de justificación. El escritor defiende su soledad, mostrando lo que en ella, y únicamente en ella, encuentra.

Habiendo un hablar, ¿por qué el escribir? Pero lo inmediato, lo que brota de nuestra espontaneidad, es algo de lo que íntegramente no nos hacemos responsables, porque no brota de la totalidad íntegra de nuestra persona; es una reacción siempre urgente, apremiante. Hablamos porque algo nos apremia y el apremio llega de fuera, de una trampa en que las circunstancias pretenden cazarnos, y la palabra nos libra de ella. Por la palabra nos hacemos libres, libres del momento, de la circunstancia asediante e instantánea. Pero la palabra no nos recoge, ni, por tanto, nos crea y, por el contrario, el mucho uso de ella produce siempre una disgregación; vencemos por la palabra al momento y luego somos vencidos por él, por la sucesión de ellos que van llevándose nuestro ataque sin dejarnos responder. Es una continua victoria que, al fin, se transmuta en derrota.

Y de esa derrota, derrota íntima, humana, no de un hombre particular, sino del ser humano, nace la exigencia de escribir. Se escribe para reconquistar la derrota sufrida siempre que hemos hablado largamente.

Y la victoria solo puede darse allí donde ha sido sufrida la derrota, en las mismas palabras. Estas mismas palabras tendrán ahora, en el escribir, distinta función; no estarán al servicio del momento opresor; ya no servirán para justificarnos ante el ataque de lo momentáneo, sino que, partiendo del centro de

nuestro ser en recogimiento, irán a defendernos ante la totalidad de los momentos, ante la totalidad de las circunstancias, ante la vida íntegra.

Hay en el escribir un retener las palabras, como en el hablar hay un soltarlas, un desprenderse de ellas, que puede ser un ir desprendiéndose ellas de nosotros. Al escribir se retienen las palabras, se hacen propias, sujetas a ritmo, selladas por el dominio humano de quien así las maneja. Y esto, independientemente de que el escritor se preocupe de las palabras y con plena conciencia las elija y coloque en un orden racional, sabido. Lejos de ello, basta con ser escritor, con escribir por esta íntima necesidad de librarse de las palabras, de vencer en su totalidad la derrota sufrida, para que esta retención de las palabras se verifique. Esta voluntad de retención se encuentra ya al principio, en la raíz del acto mismo de escribir y permanentemente la acompaña. Las palabras van así cayendo, precisas, en un proceso de reconciliación del hombre que las suelta reteniéndolas, de quien las dice en comedida generosidad.

Toda victoria humana ha de ser reconciliación, reencuentro de una perdida amistad, reafirmación después de un desastre en que el hombre ha sido la víctima; victoria en que no podría existir humillación del contrario, porque ya no sería victoria, esto es, gloria para el hombre.

Y así, el escritor busca la gloria, la gloria de una reconciliación con las palabras, anteriores tiranas de su potencia de comunicación.

Victoria de un poder de comunicar. Porque no solo ejerce el escritor un derecho requerido por su atroz necesidad, sino un poder, potencia de comunicación, que acrecienta su humanidad, que lleva la humanidad del hombre a límites recién descubiertos, a límites de la hombría, del ser hombre, que va ganando terreno al mundo de lo inhumano, que sin cesar le presenta combate. A este combate del hombre con lo inhumano, acude el escritor, venciendo en un glorioso encuentro de reconciliación con las tantas veces traidoras palabras.

Salvar a las palabras de su vanidad, de su vacuidad, endureciéndolas, forjándolas perdurablemente, es tras de lo que corre, aun sin saberlo, quien de veras escribe. Porque hay un escribir hablando, el que escribe «como si hablara»; y ya este «como si» es para desconfiar, pues la razón de ser algo ha de ser razón de ser esto y solo esto. Y el hacer una cosa «como si» fuese otra, le resta y socava todo su sentido, y pone en entredicho su necesidad.

Escribir viene a ser lo contrario de hablar; se habla por necesidad momentánea inmediata; y al hablar nos hacemos prisioneros de lo que hemos

pronunciado, mientras que en el escribir se halla liberación y perdurabilidad —solo se encuentra liberación cuando arribamos a algo permanente—. Salvar a las palabras de su momentaneidad, de su ser transitorio, y conducir las en nuestra reconciliación hacia lo perdurable, es el oficio del que escribe. Mas las palabras dicen algo. ¿Qué es lo que quiere decir el escritor y para qué quiere decirlo? ¿Para qué y para quién?

Quiere decir el secreto; lo que no puede decirse con la voz por ser demasiado verdad; y las grandes verdades no suelen decirse hablando. La verdad de lo que pasa en el secreto seno del tiempo, en el silencio de las vidas, y que no puede decirse. «Hay cosas que no pueden decirse», y es cierto. Pero esto que no puede decirse, es lo que se tiene que escribir.

Descubrir el secreto y comunicarlo, son los dos acicates que mueven al escritor. El secreto se revela al escritor mientras lo escribe y no si lo habla. El hablar sólo dice secretos en el éxtasis, fuera del tiempo, en la poesía. La poesía es secreto hablado, que necesita escribirse para fijarse, pero no para producirse. El poeta dice con su voz la poesía, el poeta tiene siempre voz, canta, o llora su secreto. El poeta habla, reteniendo en el decir, midiendo y creando en el decir con su voz las palabras. Se rescata de ellas sin hacerlas enmudecer, sin reducir las al solo mundo visible, sin borrarlas del sonido. Pero el escritor lo graba, lo fija ya sin voz. Y es porque su soledad es otra que la del poeta. En su soledad se le descubre al escritor el secreto, no del todo, sino en un devenir progresivo. Va descubriendo el secreto en el aire y necesita ir fijando su trazo para acabar, al fin, por abarcar la totalidad de su figura... Y esto, aunque posea un esquema previo a la última realización. El esquema mismo ya dice que ha sido preciso irlo fijando en una figura; irlo recogiendo trazo a trazo.

Afán de desvelar, afán irreprímible de comunicar lo desvelado; doble tábano que persigue al hombre, haciendo de él un escritor. ¿Qué doble sed es esta? ¿Qué ser incompleto es este que produce en sí esta sed que solo escribiendo se sacia? ¿Solo escribiendo? No solo por el escribir, pues lo que persigue el escritor, ¿es lo escrito, o algo que por lo escrito se consigue?

El escritor sale de su soledad a comunicar el secreto. Luego ya no es el secreto mismo conocido por él lo que le colma, puesto que necesita comunicarlo. ¿Será esta comunicación? Si es ella, el acto de escribir es solo medio, y lo escrito, el instrumento forjado. Pero caracteriza el instrumento el que se forja en vista de algo, y este algo es lo que le presta su nobleza y esplendor.

Es noble la espada por estar hecha para el combate, y su nobleza crece si la mano de obra la forjó con primor, sin que esta belleza de forma socave el primer sentido: el estar formado para la lucha.

Lo escrito es igualmente un instrumento para esta ansia incontenible de comunicar, de «publicar» el secreto encontrado, y lo que tiene de belleza formal no puede restarle su primer sentido; el de producir un efecto, el hacer que alguien se entere de algo.

Un libro, mientras no se lee, es solamente ser en potencia, tan en potencia como una bomba que no ha estallado. Y todo libro ha de tener algo de bomba, de acontecimiento que al suceder amenaza y pone en evidencia, aunque solo sea con su temblor, a la falsedad. Como quien lanza una bomba, el escritor arroja fuera de sí, de su mundo y, por tanto, de su ambiente controlable, el secreto hallado. No sabe el efecto que va a causar, qué se va a seguir de su revelación, ni puede con su voluntad dominarlo. Por eso es un acto de fe, como el poner una bomba o el prender fuego a una ciudad; es un acto de fe, como el lanzarse a algo cuya trayectoria no es por nosotros dominable.

Puro acto de fe el escribir, y más, porque el secreto revelado no deja de serlo para quien lo comunica escribiéndolo. El secreto se muestra al escritor, pero no se le hace explicable; es decir, no deja de ser secreto para él primero que para nadie, y tal vez para él únicamente, pues el sino de todo aquel que primeramente tropieza con una verdad es encontrarla para mostrarla a los demás y que sean ellos, su público, quienes desentrañen su sentido.

Acto de fe el escribir, y como toda fe, de fidelidad. El escribir pide la fidelidad antes que cosa alguna. Ser fiel a aquello que pide ser sacado del silencio. Una mala transcripción, una interferencia de las pasiones del hombre que es escritor destruirán la fidelidad debida. Y así hay el escritor opaco, que pone sus pasiones entre la verdad transcrita y aquellos a quienes va a comunicarla. Y es que el escritor no ha de ponerse a sí mismo, aunque sea de sí de donde saque lo que escribe. Sacar algo de sí mismo es todo lo contrario que ponerse a sí mismo. Y si el sacar de sí con seguro pulso la fiel imagen de transparencia a la verdad de lo escrito, el poner con vacua inconsciencia las propias pasiones delante de la verdad, la empaña y oscurece. Fidelidad que, para lograrse, exige una total purificación de las pasiones, que han de ser acalladas para hacer sitio a la verdad. La verdad necesita de un gran vacío, de un silencio donde pueda aposentarse, sin que ninguna otra presencia se entremezcle con la suya, desfigurándola. El que escribe, mientras lo

hace, necesita acallar sus pasiones y, sobre todo, su vanidad. La vanidad es una hinchazón de algo que no ha logrado ser y se hincha para recubrir su interior vacío.

El escritor vanidoso dirá todo lo que debe callarse por su falta de entidad, todo lo que por no ser verdaderamente no debe ser puesto de manifiesto, y por decirlo, callará lo que debe ser manifestado, lo callará o lo desfigurará por su intromisión vanidosa.

La fidelidad crea en quien la guarda la solidez, la integridad de su ser mismo. La fidelidad excluye la vanidad, que es apoyarse en lo que no es, y lleva a apoyarse en lo que es, en lo que es verdad. Y esta verdad es lo que ordena las pasiones; sin arrancarlas de raíz, las hace servir, las pone en su sitio, en el único desde el cual sostienen el edificio de la persona moral que con ellas se forma, por obra de la fidelidad a lo que es verdadero. Así, el ser del hombre escritor se forma en esta fidelidad con que transcribe el secreto que publica, siendo fiel espejo de su figura, sin permitir a la vanidad que proyecte su sombra, desfigurándola. Porque si el escritor revela el secreto no es por obra de su voluntad, ni por su apetito de aparecer él tal cual es (es decir, tal cual no logra ser) ante el público. Es que existen secretos que exigen por sí mismos ser revelados, publicados.

Lo que se publica es para algo, para que alguien, uno o muchos, al saberlo, vivan sabiéndolo, para que vivan de otro modo después de haberlo sabido; para librar a alguien de la cárcel de la mentira, o de las nieblas del tedio, que es la mentira vital. Pero a este resultado no puede tal vez llegarse cuando es querido por sí mismo, filantrópicamente. Libera aquello que, independientemente de que lo pretenda o no, tenga poder para ello, y por el contrario, sin este poder de nada sirve el pretenderlo. Hay un amor impotente, que se llama filantropía. «Sin la caridad la fe que transporta las montañas no sirve de nada», dice san Pablo, pero también: «La caridad es el amor de Dios».

Sin fe, la caridad desciende a impotente afán de liberar a nuestros semejantes de una cárcel, cuya salida ni tan siquiera presentimos; en cuya salida ni tan siquiera creemos. Solo da la libertad quien es libre. «La verdad os hará libres». La verdad, obtenida mediante la fidelidad purificadora del hombre que escribe.

Hay secretos que requieren ser publicados y ellos son los que visitan al escritor aprovechando su soledad, su efectivo aislamiento, que le hace tener sed. Un ser sediento y solitario necesita el secreto para posarse sobre él, pidiéndole, al darle su presencia progresivamente, que lo vayan fijando, por la palabra, en trazos permanentes. Solitario de sí y de los hombres y también de las cosas,

pues solo en soledad se siente la sed de verdad que colma la vida humana. Sed también de rescate, de victoria sobre las palabras que se nos han escapado traicionándonos. Sed de vencer por la palabra los instantes vacíos idos, el fracaso incesante de dejarnos ir por el tiempo. En esta soledad sedienta, la verdad aun oculta aparece, y es ella, ella misma la que requiere ser puesta de manifiesto. Quien ha ido progresivamente viéndola, no la conoce si no la escribe, y la escribe para que los demás la conozcan. Es que en rigor si se muestra a él, no es a él, en cuanto individuo determinado, sino en cuanto individuo del mismo género de los que deben conocerla; y se le muestra a él, aprovechando su soledad y ansia, su acallamiento de la algarabía de las pasiones. Pero no es a él a quien se muestra propiamente, pues si el escritor conoce según escribe, y escribe ya para comunicar a los demás el secreto hallado, a quien en verdad se muestra es a esta conjunción de una persona que dice a otras, a esta comunicación, comunidad espiritual del escritor con su público.

Y esta comunicación de lo oculto, que a todos se hace mediante el escritor, es la gloria, la gloria que es la manifestación de la verdad escondida hasta el presente, que dilatará los instantes transfigurando las vidas. Es la gloria que el escritor espera aun sin decírselo y que logra cuando, escuchando en su soledad sedienta con fe, sabe transcribir fielmente el secreto desvelado. Gloria de la que es sujeto recipiendario después del activo martirio de perseguir, capturar y retener las palabras para ajustarlas a la verdad. Por esta búsqueda heroica recae la gloria sobre la cabeza del escritor, se refleja sobre ella. Pero la gloria es en rigor de todos; se manifiesta en la comunidad espiritual del escritor con su público y la traspa. Comunidad de escritor y público que, en contra de lo que primeramente se cree, no se forma después de que el público ha leído la obra publicada, sino antes, en el acto mismo de escribir el escritor su obra. Es entonces, al hacerse patente el secreto, cuando se crea esta comunidad del escritor con su público. El público existe antes que la obra haya sido o no leída, existe desde el comienzo de la obra, coexiste con ella y con el escritor en cuanto tal. Y solo llegarán a tener público, en la realidad, aquellas obras que ya lo tuvieron desde un principio. Y así el escritor no necesita hacerse cuestión de la existencia de ese público, puesto que existe con él desde que comenzó a escribir. Y eso es su gloria, que siempre llega respondiendo a quien no la ha buscado ni deseado, aunque sí la presente y espera para transmutar con ella la multiplicidad del tiempo, ido, perdido, por un solo instante, único, compacto y eterno.

PARTE III

Geografía de la aurora

Y las piedras preciosas, esas grutas de esmeraldas que nacen en sueños y al soñante acogen tan de verdad que este conserva en la vigilia las huellas del tacto, a veces hecho memoria, tanto o más que un lugar simplemente natural; y el color que sin nombre sostiene la retina por años, por duraciones sin fin; ese color visto tan solo en sueños y ese felicísimo estar en la gruta, y aun el poder volver a ella, encontrándola en tierras lejanas bañadas por otra luz. ¿Cómo suceden, cómo están ahí asequibles, aunque no enteramente, y sin sombra alguna de terror, cosa tan extraña a toda gruta desconocida, por insignificante que sea? Este no temer, y no esperar, este estar sin esfuerzo alguno, esta patria perdida o esperada, donde se ha entrado sin saber cómo ni por qué, sin esperanza ni temor. Y ese vivir sin anhelar, ni apetecer, sin añorar, sin soñar, duerme al fin en su gruta sin soñar señor alguno que le haya herido, y sin soñarse él a sí mismo, olvidado de toda herida.

El ciervo reposa sin herida, apoyada su cabeza sobre una piedra, flor azul.

La mirada

Solo cuando la mirada se abre al par de lo visible se hace una aurora. Y se detiene entonces, aunque no perdure y solo sea fugitivamente, sin apenas duración, pues que crea así el instante. El instante que es, al par, indeleblemente uno y duradero. La unidad, pues, entre el instante fugitivo e inasible y lo que perdura. El instante que alcanza a no ser fugitivo yéndose. Inasible. El instante que ya no está bajo la amenaza de ser cosa ni concepto. Guardado, escondido en su oscuridad, en la oscuridad propia, puede llegar a ser concepción, el instante de concebir, no siempre inadvertido.

Y así, la mirada, recogida en su oscuridad paradójicamente, saltando sobre una aporía, se abre, y abre, a su vez, «a imagen y semejanza», una especie de circulación. La mirada recorre, abre el círculo de la aurora, que solo se dio en un punto, que se muestra como un foco, el hogar, sin duda, del horizonte. Lo que constituye su gloria inalterable.

Lo celeste

En par de los levantes de la Aurora

Por amplias que sean sus alas, la luz auroral que sigue al alba es como un boquete, un lugar que tiende a absorber, y ofrece, al par, la inminencia de que algo inconcebible aparezca. ¿Un ser? Un animal, quizá, un ser viviente, se dibuja casi, está al dibujarse. Un ser viviente de aliento y de pasión, un fuego oscuro, por indiscernible, que luego resulta ser simplemente blanco. Un blanco inextenso, un ser sin extensión. ¿Pensamiento? Mira tan solo. Es una mirada, ya que la mirada de todo aquello que se manifiesta visiblemente es lo único que no tiene extensión y, aún más, la borra.

Llega la mirada anulando la distancia; quien la recibe queda traspasado, raptado o fijado; fijado, si es la mirada de la luz. Y cuando la luz nos fija es que nos mira, y, al mirarnos, ¿se sabría decir lo que sucede? Y, por no saberlo decir, se borra: no crea memoria. Y así, de esta mirada de la luz, nace, podría nacer, ha nacido una y otra vez, un pensamiento sin memoria. Un pensamiento liberado del esfuerzo de la pasión de tener que engendrar memoria, y, en su virtud, liberado también de toda representación y de todo representar.

Conocimiento poético

Porque al fin, todo converge para que el conocimiento español, el realismo, el materialismo tan al margen de la filosofía sistemática europea, se haga razón, conocimiento poético.

En un extremo de la cultura clásica está la filosofía, el metódico conocimiento racional, el esfuerzo de la mente para adquirir la verdad separándose violentamente de las cosas, de las apariencias que cubren al mundo. Este saber llega a ser sistema, sistema en que la totalidad del mundo quiere ser abarcada, en que la infinita multiplicidad de las cosas pretende ser poseída.

En el otro extremo de la cultura clásica quedó la poesía. La poesía... Cuentan que los soldados de Alejandro el Grande al llegar a la India, encontraron en los bosques confundidos entre los árboles a los «yogas», hombres consumidos por la contemplación, hombres sumidos en éxtasis a quienes la continuidad extática había convertido casi en árboles, en un árbol más; sobre sus hombros habían anidado los pájaros. Tal era su resignación vegetal, tal su inhumana mansedumbre.

Debajo del cielo, confundido, inmerso en la naturaleza, el poeta puede estar simbolizado por ese hombre-árbol. Sobre los hombros del poeta anidan también los pájaros; con los brazos abiertos ante la creación el poeta se abre a todas las cosas, se ofrece, íntegramente sin ofrecer resistencia a nada, quedándose vacío y quieto para que todas las criaturas aniden en él; se convierte en simple lugar vacío donde lo que necesita asentarse y vaga sin lugar, encuentre el suyo y se pose. Tal puede ser el símbolo del poeta.

Entre ambos extremos se alza la cultura española, su conocimiento poético. Pues el hombre en cuyos hombros anidan los pájaros, es el poeta, sí, mas tan grande es el vacío que para las cosas ha hecho, tan completa su mansedumbre y entrega, que se ha vaciado completamente. Ya él no existe sino las cosas en él, llenándole tan por completo, que no le queda distan-

cia suficiente para poder expresarlas. Y no puede tampoco expresarlas porque nada suyo tiene, porque toda expresión requiere una cierta violencia. En rigor, la expresión nace en la queja; y la queja implica una cierta rebeldía, una independencia y una afirmación de existencia de quien se queja, que así se defiende; así se afirma. Puede ser esta la razón de por qué el hombre ha alcanzado la más alta cima de expresión, mientras que la mujer normalmente apenas balbucea. Es porque la mujer no se queja, no se rebela, ni se revela, queda oculta detrás de los acontecimientos que la conmueven; detrás de ellos, sentada como en el fondo de su casa. El hombre, en cambio, se queja y en quejarse está su poder de expresión, su capacidad maravillosa de dar forma a lo que por él pasa. El yoga de la India ha aniquilado en sí mismo toda capacidad de violencia expresiva y por eso siendo el símbolo del poeta, no puede hacer poesía, pues la poesía como todo lo humano, requiere su dosis de violencia.

El conocimiento poético de España tiene ¿cómo no? una inmensa, terrible violencia expresiva; adolece quizá de excesivo ímpetu que a veces le borra, le oscurece las cosas; va más allá, con frecuencia, de donde apunta. Pero está ahí, al cabo de los siglos, irreducible al poderosísimo racionalismo europeo. Es conmovedor ver la situación de España, su helada castidad frente a la audacia del conocimiento europeo en su época de brillo, en los momentos en que imperialmente llegaba a todo, lo abarcaba todo. España siguió, recogida en sí misma, pobretona, al margen de tanta magnificencia. Era imposible que participara en ella, imposible que no dejara de resistir en la forma espléndida, como sabe hacerlo cuando hace falta: resistiendo pasivamente, no dándose por enterada, prefiriendo su pobreza, acogiendo a su silencio, metiéndose en sí misma. En esto ha sido, sí, ejemplar.

Su forma de conocimiento poético seguía su curso mientras tanto, por los caminos más insospechados, caminos que son a veces vericuetos. Conocimiento poético en que ni se escinde la realidad, ni se escinde el hombre, ni se escinde la sociedad en minorías de selección y masa desamparada. Si en algo ha conservado España su unidad ha sido la unidad de la gracia. Bien poco vale para el español auténtico aquello que solo se debe al esfuerzo; es como un saber ilegítimo, un saber desgraciado en que se muestra más la presunción del hombre, su vanidad o su soberbia, que la verdad; un saber que no es deseable.

El conocimiento poético se logra por un esfuerzo al que sale a mitad de camino una desconocida presencia y le sale a mitad de camino porque el afán que la busca jamás se encontró en soledad, en esa soledad angustiada que tiene quien ambiciosamente se separó de la realidad. A ese difícilmente la realidad volverá a entregársele. Pero a quien prefirió la pobreza del entendimiento, a quien renunció a toda vanidad y no se ahincó soberbiamente en llegar a poseer por la fuerza lo que es inagotable, lo que nos rebasa, a ese la realidad le sale al encuentro y su verdad no es nunca verdad conquistada, verdad raptada, violada; no es alezeia, sino revelación graciosa y gratuita; razón poética.

En realidad, el español solamente es capaz de encontrar su equilibrio así, solo es capaz de conservar la fluidez de su vida por la poesía, por el conocimiento poético de las cosas y los sucesos que le incorporan a la marcha del tiempo. Si se hace racionalista se cierra, pierde su fluidez y se dogmatiza, se hace absolutista, en suma; reaccionario, enemigo de la esperanza.

Cuando un español se aparta de esta vivificadora corriente en que se unifica con su pueblo, cae en ser minoría. Cae, sí, pues de verdadera caída se trata. En España perder la comunidad con el pueblo no conduce a nada positivo, tan solo a desviar la ruta o a estancarse en el escepticismo, como es bien fácil demostrar.

Equilibrio individual y comunidad. Por el conocimiento poético el hombre no se separa jamás del universo y conservando intacta su intimidad, participa en todo, es miembro del universo, de la naturaleza y de lo humano y aun de lo que hay entre lo humano y más allá de él.

Pero este conocimiento poético maravilloso, confesémoslo, no es mucho más todavía que una promesa, porque no había sonado su hora. De su plenitud puede surgir toda una cultura en la que ciencia y conocimientos hasta ahora errabundos, como la historia, sean la médula; en la que ciencias como la Sociología, nacientes aún, alcancen su pleno desarrollo; en que el saber más audaz y más abandonado sea por fin posible: el conocimiento acerca del hombre.

Conocimiento del hombre que no será sino el movimiento de reintegración, de restauración de la unidad humana hace tiempo perdida en la cultura europea. No hace falta insistir en mostrar la atomización de todo lo humano, la tristísima fragmentación a que se ha llegado, primero en el pensamiento, luego en el arte, y por último en el hombre mismo, en el hombre

vivo al cual se le ha mutilado con la más horrible de las mutilaciones extrayéndole su dignidad, extrayéndole su primacía moral. La moral es convertida en pura fórmula social sin contenido vivo y actuante, o en vacía desnudez, que llaman cinismo. Y tal vez sea esto lo mejor. Recordemos a Nietzsche cuando decía: «Hay un género de nobleza que pueden tener las almas toscas: el cinismo».

Como signo y manifestación de una crisis tan profunda como aquella en que naciera, resurge en Europa el cinismo y precisamente en los medios más altamente intelectuales. Y es, repetimos, lo mejor, pues al menos permite y aun ofrece, un claro diagnóstico patente para todos los entendimientos. Pero no deja por eso de mostrar el mismo mal, el mismo parcelamiento humano que ha hecho posible la magnificencia de la técnica, el esplendor inclusive de la ciencia, mientras el hombre cada vez más miserable desaparece asfixiado. Tal cultura no puede, no podrá salvarse a sí misma.

Necesita para su continuidad esta cultura, que vaya en su ayuda aquella otra que se ha mantenido tan valerosamente al margen como una hermana cenicienta: necesita alimentarse de lo que desdeñó.

Confiemos en que suceda así y en que suceda, según parece, del modo más congruente con esta dispersa y humilde cultura española: dispersamente, lejos de Europa y fuera de la tierra matriz. España, maestra en la dispersión y en la prodigalidad, cumplirá sin duda su obra de acuerdo con su íntima esencia, prodigándose y dispersándose, sembrándose, desapareciendo en la obscuridad para fecundar y fecundarse. De la soberbia española, nuestro más terrible pecado, salió el absolutismo, cascarón muerto de la verdadera España. Cascarón estéril y seco. Final, falso camino de una ruta sostenida solamente por una soberbia obstinación. De la melancolía española, de su resignación y de su esperanza saldrá quizá la nueva cultura.

Es la cultura que anuncia la España del fracaso, la más noble o quizá la única enteramente noble. Tenía forzosamente que fracasar porque ha ido más allá de su época, más allá de los tiempos y hay un ritmo inexorable de la historia que condena al fracaso a todo aquello que se le adelanta. Fracaso en razón de su misma nobleza, en razón de su insobornable integridad en un mundo donde la medida de la integridad se ha perdido. Fracaso también porque en el fracaso aparece la máxima medida del hombre, su plenitud en su desnudez, lo que el hombre tiene tan desprendido de todo mecanismo, de

toda fatalidad que nada puede quitárselo. Lo que en el fracaso queda es algo que ya nada ni nadie puede arrebatar.

Y este género de fracaso es la garantía justamente de un renacer más amplio y completo. Del conocimiento poético español puede surgir la nueva ciencia que corresponda a eso tan irrenunciable: la integridad del hombre.

Ana de Carabantes

Se la vio por última vez...

Y está bien dicho este *se*, porque Ana de Carabantes, aquella muchacha, no solía suscitar el «yo la he visto»; se la veía, se dejaba ver, transitaba. Iba siempre acompañada de su madre, la cual llevaba siempre un velo negro, un velo que hacía como de relieve para que se creyese que su hija, Ana, tenía un cuerpo. Se diría que realizaba el prodigio de vivir y hasta de existir, que es mucho más difícil sin tener un cuerpo.

Lo que se sabía de ella era muy poco. Y se repite de continuo este *se* tratándose de ella, pues no parecía ella ser un sujeto, sino, más bien, eso que sucede: un suceso, algo que pasa.

En un pueblo de Andalucía, provincia de Sevilla, quizá en Dos Hermanas, se decía que había ido a Sevilla a estudiar Filosofía, pero que volvió enseguida sola, pues que sola había ido, no se sabe si desengañada o, por el contrario, sumamente lúcida de que aquello o bien no era filosofía o bien ella no había nacido para estudiar o para dar su vida a esa filosofía. Y así se quedó en su casa. No se sabía cuándo respiraba ni cuándo salía, si de noche o de día. Y sin la existencia persistente, sin el subrayado de su madre, vestida de negro, se hubiera dicho de ella que no existía.

Y eso era lo que le pasaba: no existía, era irrenunciable. NO: era inasible. Pero volvía, aparecía cuando menos se la esperaba, cruzaba una esquina, se asomaba un ratito a la ventana, se la oía tocar el piano... Inasible, como ave única. Incierta, palpitante; presta, no a la huida, sino a la transformación, a la metamorfosis y, en realidad, no era un ser humano, sino una metáfora. Creo que ella lo oyó. Al menos, eso es lo que se dice. Y se dice también que ella se sonrió, como sonreía siempre que se hablaba de ella. Ni sí ni no; ni afirmaba ni negaba, ni tampoco señalaba. Seguía...

Y la última vez que se las vio a las dos, madre e hija, era ya la guerra, muy entrada la guerra, que, además, en aquel paraje donde ellas vivían, en Dos Hermanas o en algún sitio, no de la sierra, sino de llano de Sevilla, empezó, como se sabe, desde el principio y en manos de quien se sabe. No hubo cambio. No hubo metamorfosis. Ella, Ana, era invulnerable, era intangible. ¿Hubiera sido lo mismo en otra tierra de Andalucía? Esto tampoco se sabe.

Más tarde, muchos años más tarde de esa última vez que se la vio salir muy de madrugada, cuando tampoco se sabía si venían de misa o iban a oír cantar a los jilgueros que cantan hasta por la mañana...

No se sabía nada. Pero, cuando salieron, las vecinas, siempre curiosas, entraron inmediatamente en la casa. Y buscaron. Pero no encontraron nada. Sí, encontraron, una cajita que contenía las plumillas de un pájaro, de un canario blanco, y otras plumas, un poco más corpóreas, de algunos otros pájaros. No encontraron más que eso. Y alguien se conmovió y guardó aquella caja para siempre.

Ese alguien —no se sabía si la misma persona u otra— un día identificó a esas dos mujeres, en tierras muy lejanas, sin que nadie supiese ni cómo ni cuándo había atravesado el océano. ¿Por qué y para qué? Cuando se preguntaba, entonces se producía una especie de silencio que cortaba toda respuesta. Quedaba una especie de perfume, un silencio ligero, como la huella de alguien que ha pasado y que puede volver a pasar.

Alguien le dijo una vez a Ana, en estas lejanas tierras donde su presencia no resultaba explicable, que ella había llorado mucho, que bastaba con mirarla para darse cuenta. Pero ella no se acordaba de haber llorado nunca, salvo una vez en que lo hizo sin saber por qué, sin más, sin consecuencias dramáticas. Pero quizá el observador tenía razón. Tal vez ella no había hecho otra cosa que llorar, que bañarse en sus propias lágrimas, pero sin darse cuenta, sin profesar. No hacía profesión de nada. Decía lo que creía, pues, como creer, no se sabe si ella creía o descreía, si afirmaba o si negaba. Pero el caso es que aparecía y desaparecía, que tenía presencia instantánea y que, en cuanto se le hablaba, desaparecía, se borraba sin que se pudiese decir que se hubiera ido. Estaba allí, pero como si no estuviera. Y reaparece en los sueños de algunas personas que la vieron, porque conocerla nadie la conoció, así como en la llamada realidad. Alguien volvió a verla. ¿Quién era? ¿Dónde estaba? No podía decirle sino esto: «Ana, ¿quién eres?». Y parece ser que una vez Ana respondió:

«soy tu identidad». Y, entonces, quien, en sueños o despierto, medio escuchó esta respuesta renunció para siempre a preguntarle más.

Porque, sí, eres mi identidad. Ana, yo no te alcanzaré nunca, nunca te podré tener a mi lado. Te dejo así. Y yo me quedo... ¿vacía? ¿Plena? No; simplemente así, aceptando que mi identidad ande así, trasvolando tan fuera de mí.

Otras huellas

Se diría que por donde pasaba Ana de Carabantes, aunque esto tardó un poco en saberse, dejaba como una estela de bienestar, una cierta armonía, una cierta felicidad inclusive.

Como se comprenderá por lo ya dicho, Ana de Carabantes hacía pocas visitas. Por eso, quienes estaban en el secreto se prodigaron en llamarla, hasta por teléfono, pues con solo oír su voz sentían que llegaba hacia ellos ese aroma de bienestar. Pero nunca se supo si era de ella de donde procedía el aroma o si era de aquella mujer que siempre la acompañaba, toda vestida de negro, de la que, al término, no se sabía tampoco si era su madre o su hermana mayor.

Nada más salir ellas de aquella casa del pueblecito sevillano de Dos Hermanas, ya lo dije, entraron las curiosas vecinas a ver lo abandonado, seco, ¡como si ellas hubieran sido capaces de dejar que aquel tiesto se secase! Quedaba la presencia frágil de unas florecillas menudas, tan menudas que algunas estaban descarriadas por el suelo. Pero los pájaros no las picaban. Alguien aplastó una de aquellas flores. Y descubrió, de pronto, que era mejorana, llamada, por aquellas tierras de Andalucía, almoraduj.

El poeta Emilio Prados, no sevillano, pero andalucísimo de Málaga, cantaba por ritornello: «Tan chico el almoraduj, / tan chico, / ¡y cómo huele! / Tan chico el almoraduj, / tan chico, / ¡y cómo duele!». Pues así es como hubiera respondido a la huella que dejaban la presencia leve de Ana de Carabantes y aquellas minúsculas flores que solamente exprimidas producían aroma.

También encontraron algunos jazmines, porque el jazminero, que es un arbusto, crecía recónditamente, en el rincón del traspatio, y perfumaba la casa sin que fuera visto. La no-presencia, la no-existencia, era el don o el destino de Ana Carabantes.

El bienestar que ella dejaba se tardaba en notar. Había quienes no llegaban a notarlo. Y, como apenas hablaba, tampoco sentían el metal de su voz,

que, cuando al fin decía alguna palabra, esta era tan queda, tan íntima y tan sin querer salir que producía el mismo efecto de un aroma; no de un perfume, que sugiere la imagen de la fabricación, sino de un aroma.

¿Buscaba? No; era la identidad ensoñada, la identidad buscada en sueños y que tan en sueños era que casi daba lo mismo que existiera o que no. En cambio, la esencia, esa sí, la esencia se le escapaba, se le derramaba, pero de modo tan delicado y tan poco sensorial que se diría cosa de la inteligencia, cosa mental, que anhelaba posarse y lo lograba en los lugares más secretos e inasequibles, mas menos victoriosos. No, ni la victoria ni el triunfo eran sus dominios. Era por igual lo que se derramaba sobre la pared del patio que sobre el reclinatorio, donde tan raramente se la veía arrodillarse en la iglesia.

Era la madre la que más iba a la iglesia. La madre, de la que al fin supo el nombre: la llamaban doña Soledad. Era doña, mientras que Ana era nadie. ¡Doña Soledad! Pero algunos, equivocándose o no sé si adrede, la llamaban Caridad. Tal vez porque los pobladores de Dos Hermanas eran muy devotos de la Virgen de la Soledad, a la otra madre la llamaban, equivocándose por las buenas, Caridad. ¿Eran ellas, doña Soledad y doña Caridad, las dos hermanas? ¿Y quién sería la otra hermana de una venturosa trinidad? La hermana que faltaba a Ana, ¿dónde estaba? Ana no tenía hermana entonces. Era hija de dos hermanas, prohijada por ellas, y con un padre ausente, lejano, alto, casi desconocido. Porque en aquella trinidad femenina no cabía la figura del padre ni tampoco la que más ansiaba Ana: la del hermano. ¿Dónde estaba el hermano secuestrado?

Por eso salieron de Dos Hermanas, en busca del hermano que no aparecía. Naturalmente, esto no lo dijeron, porque la verdad más honda se suele enmascarar y se suele sustituir por otros motivos, que a veces, incluso se inventan, son máscaras y, cuanto más obvios, más relevantes aparecen, más inexactos son, más alejados de la vida y de la verdad. Y lo que de verdad sucedía es que Ana seguía derramándose en esencia, Ana, la identidad inexistente, que llegaba a existir por eso, por darse en esencia, en múltiples esencias.

En aquellas florecillas de almoraduj se encontraba quizá el secreto. Pero no podía hacerlas palabras, porque la esencia, para ser verdadera y justa, tiene que darse con respecto a un ser viviente. Y lo viviente cambia, deja que vaya por los caminos aquella que derrama esencias, hasta que un día se le mudan en existencia única, donde ya no hay ni madre ni hermana, ni Soledad ni Caridad, donde únicamente existe eso a lo que llamamos ella o ello. Así, sin más y porque sí.

PARTE IV

Los hermanos

No me respondes, hermana. He venido ahora a buscarte. Ahora, no tardarás ya mucho en salir de aquí. Porque aquí no puedes quedarte.

Esto no es tu casa, es solo la tumba donde te han arrojado viva. Y viva no puedes seguir aquí; vendrás ya libre, mírame, mírame, a esta vida en la que yo estoy. Y ahora, sí, en una tierra nunca vista por nadie, fundaremos la ciudad de los hermanos, la ciudad nueva, donde no habrá ni hijos ni padres y los hermanos vendrán a reunirse con nosotros. Nos olvidaremos allí de esta tierra donde siempre hay alguien que manda desde antes, sin saber. Allí acabaremos de nacer, nos dejarán nacer del todo. Yo siempre supe de esa tierra. No la soñé, estuve en ella, moraba en ella contigo, cuando se creía ese que yo estaba pensando.

En ella no hay sacrificio, y el amor, hermana, no está cercado por la muerte. Allí el amor no hay que hacerlo, porque se vive en él. No hay más que amor. Nadie nace allí, es verdad, como aquí, de este modo. Allí van los ya nacidos, los salvados del nacimiento y de la muerte. Y ni siquiera hay un Sol; la claridad es perenne. Y las plantas están despiertas; no en su sueño como están aquí; se siente lo que sienten. Y uno piensa, sin darse cuenta, sin ir de una cosa a otra, de un pensamiento a otro.

Todo pasa dentro de un corazón sin tinieblas. Hay claridad porque ninguna luz deslumbra ni acuchilla, como aquí, como ahí fuera.

El templo y sus caminos

Unas tinieblas que prometen y a veces amenazan abrirse. Y es difícil creer que quien recorre tal camino no se va acometiendo por el tempor y un temblor casi paralizantes. Es la luz de un viaje más bien extra humano, que el hombre emprendía asomándose al lado de allá, a ese lado al cual se supuso, cada vez con mayor ligereza, que solo se asoman los místicos. Es la luz que se vislumbra y la luz que acecha, la que hiere. La luz que acecha en la inmensidad de un horizonte donde perderse parece inevitable, y que hiere con un rayo que despierta más allá de lo sostenible, llamando a la completa vigilia, esa donde la mente se incendiaría toda.

Método

Hay que dormirse arriba en la luz.

Hay que estar despierto abajo en la oscuridad intraterrestre, intracorporal, de los diversos cuerpos que el hombre terrestre habita: el de la tierra, el del universo, el suyo propio.

Allá en los «profundos», en los íferos, el corazón vela, se desvela, se reenciende en sí mismo.

Arriba, en la luz, el corazón se abandona, se entrega. Se recoge.

Se aduerme al fin ya sin pena. En la luz que acoge donde no se padece violencia alguna, pues que se ha llegado allí, a esa luz, sin forzar ninguna puerta y aun sin abrirla, sin haber atravesado dinteles de luz y de sombra, sin esfuerzo y sin protección.

Antes de la palabra

En principio, cualquier contenido del soñar podría ser el germen de una creación de la palabra, a condición de que presente o envuelva una situación esencial, que puede igualmente llamarse existencial, del hombre en la vida.¹ Pero, justamente, esta especie de situación es la que se encuentra al nivel y aun al borde de la palabra. En este caso, la palabra acude al despertar; y el despertar, siempre incierto, se da contenido por ella, por estas palabras que, aun enigmáticas, son ya de máxima incertidumbre. Ya que la incertidumbre es eso: despertarse con palabra. De donde la necesidad de decir algo, por banal que sea, cuando uno se despierta; y que por banales que sean estas primeras palabras dichas al despertar, arrancan del impulso de presentarse ante la luz, de saludar al día. De llamar al semejante, de invocar algún amparo. Y el acudir de la palabra es, cuando no un amparo, por lo menos una asistencia del propio ser, que por ella se identifica.

Y existe también la palabra dentro del soñar mismo, la palabra soñada, la palabra que transita, como habiéndose escapado de algún lugar de donde la palabra rara vez suele venir: de ese remoto silencio, fondo, horizonte. Océano de silencio, de donde llegan las palabras sueltas, solas, como sin dueño; las palabras que visitan. Y que se presentan cuando el sujeto, dormido o en vela, no está en situación de hablar, ni pretende hacerlo. Son palabras reveladoras, aunque su revelación no se entienda o aunque no traigan ninguna manifestación determinada, pueden ser reveladoras simplemente de la palabra misma; del misterio de la palabra.

Nada tienen que ver tales palabras o tal modo con la expresión. Son, más bien, el ejemplo puro de la palabra no expresiva, que solo manifiestan. Y

¹ Pues existir es la actualización de la esencia. No se puede decir de nada que exista manteniendo recóndita su herencia: se puede decir que «está ahí»; ser o simple hecho. Existir es el movimiento propio del ser, como el vivir actualiza la vida.

por ello parecen estar más allá de la palabra al uso, que suele llevar siempre, en grado mayor o menor, una carga expresiva.

Esas palabras, llegadas en sueños o como en sueños, crean una zona de silencio que bien puede prolongarse en el estado de vigilia, llevando al sujeto que las ha recibido a un lugar al que su atención no se había dirigido o bien a un lugar donde larvadas figuraciones se convierten en pensamiento. En un pensamiento que bien puede ser una pregunta hasta entonces informúlada: la pregunta por la que la ya habida respuesta se hace propia del sujeto que puede, por la pregunta, hacerla suya. Y que vive así el pasado de un futuro incierto.

Y si se trata de palabras que solamente manifiestan la aparición de la palabra misma, el sujeto vive entonces la palabra como antes de haberla tenido, como si hubiera podido no existir, pero sabiéndola cierta.

Sucede lo inverso en las situaciones de los sueños de la psique en su más baja escala, en la llamada pesadilla, en que el sujeto gime bajo el peso de su propio ser; sueños engendrados por un estímulo psicofisiológico o psicofísico en que el tiempo llega a hacerse materia –el verdadero tiempo material–. Las sensaciones que ocupan el recinto de la atemporalidad se funden en ella por completo. El argumento se da visceralmente.

Las vísceras se hacen sentir y aun se configuran en forma amenazadora y aun catastrófica. Pues, cuando en el sueño se da la figura de una víscera con carácter salvador, se trata de un símbolo del más alto grado de liberación habida en sueños.

Mientras que, en la pesadilla, las vísceras cobran independencia, como si se hubieran asimilado a esa resistencia ciega, materia que se erige frente a la vista y contra ella. Lo que origina la reacción defensiva, un grito que no tiene prosecución en palabra, tal como sucede en la realidad cuando el horror de una tortura ha sido llevado hasta el límite. Lo que parece que hayan sabido siempre los que usan la tortura. Después de ciertos gritos, no se habla, ya no es posible hablar de eso que los ha originado, y a veces de nada, por un cierto tiempo a lo menos.

Se trata, pues, del modo de soñar más alejado de la palabra, en el que la palabra se anega en la total mudez con el grito.

Pues quizás el grito esté separado por algún abismo insalvable de la palabra. El grito y aun la interjección pertenecen a un nivel distinto de la palabra. Desde el punto de vista de la temporalidad, el grito consume el tiempo

íntegramente, lo llena. Mientras que la palabra no se da sin un cierto vacío en el tiempo, sin una pausa. Sin pausas y sin silencio, no hay palabras. El grito procede de lo lleno y, por ello, quedará siempre en él un núcleo irreductible, como sucede con todo lo lleno cuando se quiere explicar.

El lleno, lo compacto, está dado en los sueños en virtud de la temporalidad que los envuelve. Pero en ella existen niveles en que el tiempo se insinúa ya. Y se abren también grietas, fisuras por donde el tiempo aparece.

Y, en cambio, en estos sueños viscerales la atemporalidad se hace impenetrable, como cerrada sobre sí misma. Son, sin duda, sueños prenatales, despertados por un estímulo psicofisiológico. En ellos el sujeto revive estados que revelan la dificultad de vivir y aun de nacer, de nacer como organismo, no poder respirar, no poder moverse.

La palabra en sueños

Lo que precede a la palabra y la anuncia no es, pues, el grito, sino un cierto silencio, al que corresponde una distancia y una tensión por parte del sujeto. En la vigilia esta situación es la que se expresa cuando de alguien se dice: «iba a decir algo y se quedó así». Y este «así» es un gesto, un tender la mano aunque no se vaya a pedir ni a ofrecer nada; un echar el cuerpo hacia delante como si se fuera a alcanzar algo. Los sueños en que la palabra está a punto de aparecer son el equivalente de estos movimientos.

A la palabra corresponde siempre una realidad. Y ella, la palabra, es real y se da ante la realidad, aunque sea proferida para negarla o enmascararla, lo que la supone presente en el ánimo.

En este sentido ninguna palabra es soñada. Por el contrario, puede decirse que lo que no es palabra es sueño, aun en la vigilia. Cuando despierto se ve sin poder decir palabra, adviene la situación de pasividad propia del sueño, y el tiempo llega a congelarse o a volatilizarse.

«Ver sin hablar es estar muerto», dice un poema de Emilio Prados.

La palabra se da en la realidad y ante ella como un acto, el más real del sujeto, situado plenamente, por tanto, en el tiempo y en la libertad. La palabra, ella misma, de por sí, es libertad.

Lo que es real en el soñar no son las historias y figuraciones sino el movimiento íntimo del sujeto bajo la atemporalidad. La tensión que precede a la libertad y la profetiza; la tensión hacia una finalidad que se presenta simbólicamente. El descubrirse o el enmascararse del sujeto. El retroceder ante la finalidad o el ir hacia ella. Que es lo que permite diagnosticar un sueño, pues que decide que sea o no un sueño creador.

Ya que por la palabra y en ella el sujeto humano se descubre a sí mismo, se presenta. Por eso, la palabra crea el presente verdadero, el presente real, es decir, el momento en el cual el tiempo pierde su potencialidad inherente, deja de ser la medida del movimiento. El momento en el cual el tiempo se actua-

liza y se concreta. El verdadero presente que no es un detenerse ni un fijarse del tiempo ni, en el extremo opuesto, un pasar fugazmente. Pierde el tiempo en este presente su carácter huidizo e inasequible, y se hace presente no fugitivo.

Y por eso ha sido entendido como un destello de la eternidad y destituido después de ella creyéndola ilusión. Mas no se trata de la eternidad, sino de la actualización del tiempo.

Lo que no se ha visto a causa de haber entendido que el ser del tiempo consiste en su fugacidad, porque ella es la que lo hace inaccesible, en modo análogo al ser, que se presenta como inaccesible; tanto que es suficiente que algo aparezca como inasequible para que surja la tentación de considerarlo como ser, aunque se halle bien lejos de serlo. Del tiempo se ha creído que su ser sea su pasado, que es un huir. Y no se ha parado mientes en que el tiempo se abre, se actualiza en este género de presente creado por la palabra.

Surge este presente, el presente perfecto como debería de llamarse, cuando el descubrirse del sujeto en la palabra coincide con que esa palabra descubra la realidad y, en grado eminente, cuando esta realidad es la propia situación del sujeto. Se trata, entonces, de la verdad. La verdad que se da así en la transparencia del tiempo, en este presente perfecto que es ya supratemporalidad: en un nivel en el que el tiempo múltiple se hace uno; el tiempo parece que encuentra lo que más le falta, su unidad.

Esta coincidencia del sujeto consigo mismo, actualizándose en la palabra, que es su libertad en acto, no puede darse, en principio, en estado puro en sueños, a no ser en una especie de sueño cuyo contenido no es una historia, en el cual la imagen y la tensión de finalidad que en el sujeto suscita vienen a formar una tal unidad que es un modo, un cierto modo de palabra. Son sueños monoeidéticos, signos jeroglíficos. Un signo jeroglífico es la presentación diáfana de una acción, mas no abstraída de todo su contexto. Un jeroglífico es un signo total, unitario como una incalculable cifra que se hubiera visualizado.

Y cuando se le presenta a un determinado sujeto, en sueños en la vigilia, que vendrá a ser como un sueño, es en su diafanidad un enigma a descifrar. Mas caerá en error, si pretende descifrarlo usando de la inteligencia –tal como se suele usar para encontrar el sentido de las palabras que no se entienden–, de una proposición lógica o reductible a lógica, tal como el hombre occidental ha llegado a creer que debe de hacer siempre.

Lo que no quiere decir que el entendimiento no haya de usarse para descifrar ciertos signos, jeroglíficos o no, y ciertas proposiciones y palabras, sino que solo habría de usarse a partir de un cierto cambio, de una cierta conversión del sujeto que es lo que tales signos o palabras están demandando, que es lo propio del lenguaje sagrado en todas sus especies y manifestaciones. El conocimiento se dará después de esta transformación del sujeto, como por añadidura.

En ello reside la ironía de las respuestas de los oráculos y en grado sumo del «conócete a ti mismo» socrático.

Un ejemplo de estos signos jeroglíficos que encierran el destino de alguien es la esfinge que a Edipo se le aparece cortándole el paso en el desfiladero. Y un ejemplo de error también el haber tan sabiamente contestado. Pues que lo que Edipo necesitaba saber era otra cosa que solo dejando de ser como era en aquel momento hubiera podido disponerse a descubrir. Ya que la esfinge, sin duda, le proponía que descubriese algo esencial de la humana condición; mas no en abstracto.

Ante estas imágenes del destino no puede surgir en el por ellas visitado la palabra lógica adecuada, pues lo que ha de surgir es una acción ante todo; es una acción trascendente del sujeto. Y solo en ella la palabra será la adecuada respuesta. Y entonces el sujeto, el ser humano en cuestión, no podrá convertirse en personaje, ni seguir siéndolo, si lo era. El hechizo quedará deshecho.

Este tipo de sueños, o de visiones, si se presentan en la vigilia, constituyen un repertorio, un verdadero alfabeto jeroglífico. Son sueños de carácter «real».

Son los sueños que presiden el destino, que lo contienen declarándolo y celándolo al par. Y que están más allá del deseo y la esperanza.

Encierran el elemento de némesis, más que el de fatum de la tragedia, la última justicia inapelable. Y por ella, la fábula que a estos sueños corresponde es tragedia propiamente. Cuando falta esta última y primera figura de carácter claramente onírico, la tragedia queda en el simple relato de una catástrofe, de un descarrío, de un caso curioso.

Pueden estos sueños establecerse en la vida de alguien esclavizándolo, si no sabe advertir en ellos el carácter de némesis que los preside, si no los descifra por lentamente que sea, por la acción transformadora que requieren. La persona se convierte así en víctima de una obsesión maléfica, ya que toda obsesión llega a serlo, aunque su contenido no lo fuera en principio. Las obse-

siones no son sino sueños de carácter real degradados y vagarán como personajes sin autor. Para que el autor aparezca, es necesario un mínimo de acción por parte del personaje aunque sea cometer un error.

Y en verdad, antes que personajes sin autor, serán, estos que inacabablemente padecen la obsesión, personajes sin fábula. Pues que la fábula, venturosa o desgraciada, surge del diálogo entre la persona, que responde por la criatura, y el sueño que la visita.

El autor lo es de una fábula con su personaje en indisoluble unidad. El autor recibe en su sueño creador una fábula. Pero, en verdad, no se sabe si el misterioso poder del autor llega en ocasiones hasta rescatar el pre-personaje de la cárcel de su pasividad extrema, de esa extrema indigencia que consiste en no sufrir su propio destino; en no padecerse a sí mismo. Ya que el hombre es el ser que padece su propia trascendencia, tal y como le toque; y si así no lo hace, a través de su sueño se le aparecerá su propio ser no padecido, amenazándole bajo cualquier forma de obsesión, de contenido banal tantas veces.

La legitimidad poética del soñar

Al ser mirados los sueños desde su forma y no desde su contenido, como es lo habitual, se descubre la atemporalidad como su *a priori*, que los separa del estado de vigilia, y con ella, las consecuencias ya enunciadas. Y en la especie de sueños que contiene lo que hemos llamado una imagen real, es decir, que sin perder su carácter de imagen contiene al par los caracteres de la realidad, o sea, el estar ya ahí antes de ser percibida, que por ello hemos llamado reales, se hace presente que a través de la atemporalidad misma, se da en cierto modo la trascendencia que es el signo de lo específicamente humano.

Este trascender que de los sueños reales se desprende, encuentra, para cumplirse, el camino de la creación por la palabra.

Al ser así, existe una trascendentalidad del soñar que se da entre esta especie de sueños y la creación por la palabra. Lo que no excluye que pueda darse en otros géneros de creación que no se cumplen por la palabra —un ejemplo, la pintura—. Mas solo la palabra, cumplida actualización de la libertad, puede proporcionar esta legitimidad poética al soñar.

Y así, la creación poética y sus arquetípicos géneros pueden ser la génesis de una especie de categorías poéticas del vivir humano. En ellos, en estos géneros, se encierra y se realiza la identificación del espontáneo trascender del ser humano en la vida y una obra creada por él —«objeto ideal»—, según la denominación de Husserl. Mas solamente se muestra esta identificación en su integridad si se admite el contenido de cierta especie de sueños, y el soñar mismo, como la forma primera en que las situaciones esenciales del ser humano se le manifiestan, es decir, como la primera forma de conciencia. El primer desprendimiento del ser que envuelve al hombre y de su propio ser, en medio de la realidad que inexorablemente se le presenta. Vienen, pues, los sueños del despertar; son ya un despertar; y si así no fuese, la vigilia no podría acogerlos. Lo que es solamente válido para aquellos sueños que ne-

cesitan y que portan en sí como un germen de la palabra poética que les confiere su legitimidad; que los salva.

La conciencia, en cambio, no puede acoger sino como simple hecho los sueños puramente psicofisiológicos. De otra parte, estos sueños creadores, cuya especie procuramos ir delimitando, no dejan de poseer un carácter obsesionante. Arrastran un «ser así», un conflicto sin aparente salida, una aporía. Encierran al sujeto dentro de un círculo mágico, como hace la totalidad de la vida. Y así el sujeto visitado por ellos se encuentra en modo análogo a como se encuentra frente a la totalidad de su vida, como si la vida, ella, fuese un círculo mágico a trascender; a trascender viviendo.

Ante la totalidad, en sueños simbólicamente, en la vigilia en virtud de ciertos «suspensos» que en el vivir intervienen, el ser humano se siente y aun se ve como ante una montaña inaccesible o como ante un desierto sin límites, o ante una extensión inerte. Imágenes que revelan al sujeto una situación liminar en que el vivir se ha escindido, y queda, de un lado, el sujeto a solas, y del otro, la totalidad de la vida como algo a recorrer o a escalar imposiblemente. Y ello, si el ser a quien esto ocurre se mantiene, conservando su entereza, en pie frente a la totalidad de la vida.

A la imagen de la montaña que se presenta en esta situación corresponde, sin duda, la pirámide en que la conciencia la transforma, racionalizándola. Y al entrar en razón esta imagen de los sueños adquiere entonces la plenitud de su carácter simbólico.

Pues que el símbolo es ya razón: solo cuando una imagen cargada de significado entra en la razón adquiere la plenitud de su carácter simbólico. Porque solamente entonces su significación está plenamente aceptada por la conciencia y se ha extendido a todas las regiones del alma. Cuando no es así es solo fetiche, figura mágica que se resiste a entrar en razón o que se queda a las puertas de una razón que la rechaza. No puede ser descifrada; vaga amenazadora.

Descifrar una imagen onírica, una historia soñada, no puede ser por tanto analizarla. Analizarla es someterla a la conciencia despierta que se defiende de ella; enfrenar dos mundos separados de antemano. Descifrarla, por el contrario, es conducirla a la claridad de la conciencia y de la razón, acompañándola desde el sombrío lugar, desde el infierno atemporal donde yace. Lo que solo puede suceder si la claridad proviene de una razón que

la acepta porque tiene lugar para albergarla: razón amplia y total, razón poética que es, al par, metafísica y religiosa.

Es cierto que en la civilización moderna, posracionalista, la conciencia del hombre «normal» ha perdido contacto con el resto de su ser. Su alma y su cuerpo se le presentan extraños como «fenómenos». Desde esta asediada conciencia, y en virtud de creencias que no es el momento de examinar, piensa que el análisis sea el único método o el método entre todos para entenderse con su propio ser. Y dentro de él con esa oscura zona de los sueños que son el alba de la conciencia. Sin embargo, se ha descubierto, como es sabido, que el contenido mítico de las religiones es la manifestación misma de la vida del alma, especie de procesión de los sueños objetivados en que el ser humano se revela a sí mismo y busca su lugar en el universo.

Mas esta búsqueda del lugar del hombre en el universo es un pasar por sus diversas zonas, un transitar en el sentido de haber de traspasar, uno tras otro, diversos umbrales, lo que solo es posible transformándose.

Desprendidos de las religiones, con existencia ya autónoma, aparecen los grandes géneros de creación por la palabra que vienen a ser como pasos de esta procesión de ensueños, de este irreprimible trascender del ser humano.

Los sueños tienden a realizarse, es cosa sabida. Pueden hacerlo de dos maneras: sin sufrir transformación alguna, es decir, pasando el umbral del sueño a la vigilia sin sufrir transformación, ocupando violentamente el tiempo con su atemporalidad. Son esas obsesiones que atormentan y que a veces un día se realizan, delito, crimen a menudo, violencia siempre, y no solo en la vida individual sino en la histórica. El otro modo en que los sueños pasan el umbral que les separa de la vigilia, de la realidad, es realizarse transformándose, «desentrañándose». Desentrañándose, pues que al fin y en principio todo sueño es una entraña, un quantum de los ínfimos del alma.

Realizarse poéticamente es entrar en el reino de la libertad y del tiempo donde, sin violencia, el ser humano se reconoce a sí mismo y se rescata, dejando, al transformarse, la oscuridad de las entrañas y conservando su secreto sentido ya en la claridad. Se trataría, pues, tomando las cosas elementalmente, no de analizar, sino de contar simplemente un sueño. Mas, ¿cómo es esto posible?

Puede ocurrir que alguien cuente sin más el haber sido rey por haberse casado con su madre y matado a su padre. Puede ocurrir que alguien cuente el haber soñado ser rey en una ciudad apestada sin más, y haber despertado

cuando iba a saber el porqué y el remedio. O más apegado aún a las entrañas infernales, el haber matado al padre y encontrarse ya casado con la madre. O solo esto último. Ya el contarlo tendría una virtud liberadora, ya eso no se podría ni en sueños. O quizá solo al soñar alcanzaría el exorcismo. Que exorcismo sería solamente el simple cuento.

PARTE V

Antes de la ocultación

Comencé a cantar entre dientes por obedecer en la oscuridad absoluta que no había hasta entonces conocido, la vieja canción del agua todavía no nacida, confundida con el gemido de la que nace; el gemido de la madre que da a luz una y otra vez para acabar de nacer ella misma, entremezclado con el vagido de lo que nace, la vida parturiente. Me sentí acunada por este lloro que era también canto tan de lejos y en mí, porque nunca nada era mío del todo. ¿No tendría yo dueño tampoco?

La música no tiene dueño, pues los que van a ella no la poseen nunca. Han sido por ella primero poseídos, después iniciados. Yo no sabía que una persona pudiera ser así, al modo de la música, que posee porque penetra mientras se desprende de su fuente, también en una herida. Se abre la música solo en algunos lugares inesperadamente, cuando errante el alma sola, se siente desfallecer sin dueño. En esta soledad nadie aparece, nadie aparecía cuando me asenté en mi soledad última; el amado sin nombre siquiera. Alguien me había enamorado allá en la noche, en una noche sola, en una única noche hasta el alba. Nunca más apareció. Ya nadie más pudo encontrarme.

El árbol de la vida. La sierpe

1

La vida se arrastra desde el comienzo. Se derrama, tiende a irse más allá, a irse desde la raíz oscura, repitiendo sobre la faz de la tierra –suelo para lo que se yergue sobre ella– el desparramarse de las raíces y su laberinto. La vida, cuanto más se da a crecer, prometida como es al crecimiento, más interpone su cuerpo; el cuerpo que al fin ha logrado, entre su ansia de crecimiento y el espacio que la llama. Busca espacio en ansia de desplegarse, y todos los puntos cardinales parecen atraerla por igual hasta que encuentra el obstáculo para proseguir su despliegue. En principio no tiene límites y los ignora hasta que los encuentra en forma de obstáculo infranqueable, primera moral que el hombre entiende llamándola prohibición. Mas busca la vida ante todo su cuerpo, el despliegue del cuerpo que ya alcanzó, el cuerpo indispensable. Y busca otro cuerpo desconocido. Y así, el primer ímpetu vital subsistente en el hombre a través de todas las edades le conduce a la búsqueda de otro cuerpo propiamente suyo, el cuerpo desconocido. Cuando inventa aparatos mecánicos que se lo proporcionen, gracias a una cierta ciencia, se llama a esta consecución progreso técnico. Y no es más que el ciego ímpetu de la vida que se arrastra por un cuerpo, por su cuerpo, por sus cuerpos, ya que ninguno le basta.

Y esta ansia corre ciegamente, en un primer plano, muy cerca de la raíz, mas diferenciándose de ella por sostenerse sobre ella, por reptar sobre la faz de la tierra y sobre las espaldas de los ínfimos. Entre los profundos abismos que rodean el centro y el inmediato subsuelo, patria de las raíces, están los yacimientos del agua y de la luz cuajada y sepultada.

Ciega va la vida derramándose, dándose en sobreabundancia. Buscando en su indigencia –tiene sobre todo sed–, se cruza a sí misma, interpone su cuerpo habido al derramarlo. Cada rama aquejada de la misma ansia que la

primera se interpone con mayor ahínco ante el cuerpo buscado, el «cuerpo perseguido» –según la expresión clave de la poesía de Emilio Prados–. Mas este entrecruzamiento le inflige y le ofrece una nueva dirección. Una dirección inédita repite el reptar de las raíces bajo la luz al seguir la dirección hacia arriba, hacia la luz contraria a las raíces, que ahora soportan ya algo también inédito para ellas: un peso.

Un peso, una carga –en términos humanos, una invisible responsabilidad, tributo de lo escondido bajo la luz a lo que va hacia ella–. ¿Podrá ocurrir esta transformación sin que el soportar encuentre resistencia, sin que la inédita, revolucionaria, dirección hacia la luz despierte en las adormidas, somnolientas, sierpes de abajo, ansia alguna de erguirse ellas, a su vez, o de sacudirse el peso para seguir yaciendo en la libertad de su somnolencia, sepulcro primero de libertad?

Y en esta encrucijada se establecerá una diferencia decisiva entre los cuerpos de la vida a los que sus raíces se negaron a soportar, a los que se les negó el cuerpo nuevo, y aquellos otros que, de modo y manera más o menos cumplida, lograron o pudieron al menos mantener su pretensión.

Queda el tallo blando, viscoso siempre, que por un momento se yergue o se disfraza de lo que se puede erguir: impotencia que se resuelve en falacia aspirante a ese mimetismo que se logra al fin en la planta parásita.

Las raíces negadas a la función de soportar peso, pierden el ser fundamento. Ávidas ellas, por mimetismo, arrastradas por el vicio de la repetición, devoran el cuerpo que habían dejado salir, se enredan en él, se confunden con él, son él. Y siguen, prosiguen su reptar apegándose hasta penetrar a un cuerpo nuevo, al cuerpo prometido que se alza sostenido por la docilidad de su raíz, que se hace así como madre, pues solo hay propiamente madre cuando nace un cuerpo nuevo, un cuerpo hacia la luz que cumple su promesa. Solo hay madre en el cumplimiento de una promesa de la vida a la luz.

¿Depende todo ello del sueño, del sueño de las raíces sierpes? La sierpe de la vida, la sierpe vida –¿alguna otra sierpe habrá enroscada en este universo?– acecha, irrumpe y desaparece como la primera, insuficiente, materialización de un sueño. Sombra de un cuerpo en busca de un lugar, a punto de borrarse, pero indestructible en su levedad, y, como los sueños, sin nacimiento. La sierpe de la vida ha salido a la luz como una firma imborrable, como una inadvertencia de alguien a quien le costará muy caro, pues que tendrá que de-

jarla proseguir e irla dotando incansablemente, pues eso es lo que la sierpe pide: dote. Y más tarde esposo, y ya desde el comienzo algo así como amor; amor que repare el descuido y que lo eleve. Si todos los cuerpos celestes giran, si el universo astro gira, ella, la sierpe de la vida, aparecida aquí, obedece, sigue este movimiento y se enredará siempre en su movimiento originario, anillo desprendido de la frente de algún astro o de algún ser más alto, más luciente y oculto, que todos los astros imaginarios y habidos.

Y al serle negado el avanzar a la sierpe, moviéndose circularmente, va, sinuosa, enroscándose en la recta que debería de seguir, enroscándose a un tronco imaginario sin despegarse del suelo todavía. ¿Sueña subir? No puede quedarse quieta, concéntrica, punto de una órbita; órbita recogida sobre sí misma guardando su centro. Tiene que avanzar. Y este tener que ir avanzando parece provenir de un movimiento circular en el que no existe avance ni retroceso, que manifiesta la condena primera que pesa sobre la sierpe vida, su segundo desprendimiento: el desprenderse ahora de su modo de movimiento originario. Y de ahí un carácter de fragmento desprendido de, y de ahí su condición indigente, incompleta y dada a perderse, perdidiza y aun pordiosera.

Proseguirá siempre así su suerte, la suerte de la vida, de esta vida; tener que ir desprendiéndose de todo, el todo que es, por el pronto, cuerpo y movimiento, de aquello que, por el momento, la vida posee. Y no posee desde el comienzo de su carrera sino aquello que es poseído. El punto en que las dos formas de la posesión, activa y pasiva, se encuentran y anulan, marca el punto invisible del ser. El punto inviolable del ser. Eternidad de la vida que se muestra ya en su aparecer primero, como si ser y vida fueran congénitamente unidos. La vida, que en la sierpe va tan suelta como puede ir la vida, atada únicamente por su condena que la obliga a no derramarse ciegamente, que la prepara a ver y a ser vista; lo que logrará tan solo cuando ese punto de equilibrio entre las dos formas de la posesión sea tal que el sujeto viviente aparezca a fuerza de perder y perderse: desposeyéndose, desposeído. Largo es el camino.

Proclama la vida su condición de espejo en alteración constante, ondulado por la vibración, desigualmente capaz de reflejar, tornasolado en su relucir. Lleva la sierpe, además de la luz reflejada, la luz impresa portadora del estigma de la luz y de la sombra; luz impresa como mancha, cuerpo que es, a la vez, su sombra, su imagen, cargado con lo que menos debería de pesar, el reflejo. Y es cuando más hace ver su condición terrestre, su autonomía de algo

que, si cayó aquí, ha acabado por nacer también aquí, o por apropiarse la ciudadanía de la tierra, el ser su habitante. Lo que quiere decir: el no salir de ella hasta haberla llenado. Va solitaria, va pobre, ciega y sola, reflejando la luz que no tiene, la luz prometida que, por el momento, solo reluce como una llamada, como un signo impreso en un ser ciego.

Y la tierra le servirá de soporte, de lugar ilimitado. Mas la superficie, el plano, no le basta a la vida que ya tiene cuerpo, por asimilado que esté a la planicie, a la desolación de la simple superficie. Vuelve al hueco de la cueva inicial, defendida de la luz y de todo elemento que no sea ella; vuelve a la tierra, a la sola tierra, a la entraña terrestre. El cuerpo vivo ganará luego el llevar dentro de sí esta entraña. Y la magnitud de las entrañas, su multiplicidad, su riqueza, su rigor también, señalarán la escala de la vida, la escala en que el ser viviente muestra ya su faz. El rostro del ser vivo se corresponde con la oscuridad de las entrañas; el esclarecido rostro del mamífero y la luminosa faz responden a la entraña viva, tesoro que ya la caverna terrestre no podrá contener privilegiadamente. Entrañas tiene la tierra en que la luz está guardada centelleante, indeleble. La luz formada de agua y de fuego, de aire y de sal. La sal de la tierra que absorbe y fija la luz.

2

Se hunde la sierpe en el suelo como absorbida por alguna hendidura, por alguna de esas grietas por las que la tierra muestra ser, al par, ávida y madre; una madre que no siempre deja salir lo que traga. La tierra tiene bocas, gargantas, hondonadas y desfiladeros, que solamente, cuando se les ve allá abajo el oscuro fondo, se sienten como abismo, lugar de caída y de despeñamiento; si no, lo que por ella desaparece parece haya sido llamado para ser guardado, y, en último término, regenerado. Y si es eso que repta, parece que vaya a salir por algún otro lugar, irguiéndose irreconociblemente blanco y consistente, logrando, al salir nuevamente de la tierra, el cuerpo nuevo que en su reptar andaba buscando, extenuándose en ello, dejando la piel, su valía después de todo, su piel manchada, estigmatizada por sombra y luz.

Arroja su piel la sierpe en un ataque de desesperación, de furia contra sí misma, extenuada, escuálida, pues que no le sirve para alcanzar lo que ansía. Mas también ocurre que en su carrera, en esa condena a avanzar que ha de

cumplir arrastrándose, la sierpe se deja la piel, su escudo, su tesoro, por ser su signo, emblema primero de la vida, que de tantos se irá revistiendo al desplegarse. Y cuando esto sucede análogamente en el ser que más erguido está sobre la escala de la vida —y que con la sierpe tantas analogías guarda— será sin el menor anhelo que le sirva de estímulo, sin asistencia de ese estímulo que llega desde la piel nueva que ya está ahí, como lo están ya en la vida histórica las nuevas generaciones que estimulan a la dejación del que al fin tuvo su piel para que la deje intacta lo más pronto posible.

3

¿Busca la sierpe las entrañas, raíces de la tierra, en anhelo de renovarse, o exhausta, acabada ya, anhela borrarse, embeberse? ¿Tiene acaso la tierra sed de beber vida? La sierpe, desprendida de la tierra solo metafóricamente, afirma que viene de la Tierra Madre, que la Tierra es Madre. De su parte, la sierpe vegetal y todo lo que se sostiene sobre su propio nacimiento, todo lo nacido, por alto que vaya y distinto que sea, sin ruptura ni separación, afirma la materna condición de la tierra, la ostenta y la corona llegando a glorificarla. Balada de la yerba, canto de ciertas enramadas, himno de los concertados árboles.

Y en estas serpientes vegetales se ve y se siente que, todas un día, y aún más aquellas en que el cuerpo nuevo ha sido alcanzado, todas un día, por sequedad o por abatimiento, por abandono de no se sabe qué, aunque se presenta, irán a parar a la tierra.

Mas raramente irán a hundirse dentro de ella; tan solo el prado florido, que, cuando llega el invierno, no ha dejado ni rastro, tal si hubiese sido retirado por la tierra que lo guarda para sacarlo a la hora justa un tanto imprevisible. Caerá todo sobre la tierra sin adentrarse en ella. Y como ello sucede por violencia, esa violencia de los elementos, que parecen venir a barrer la gala de la Madre Tierra —¿envidia, furia ante su ostentación?, condena también—, o por la violencia de la mano humana, ofrece un cierto carácter de sacrificio; de un sacrificio no exigido por la tierra, por la madre, sino de sacrificio primario y primero de la vida. La violencia que envuelve una oscura, indescifrable, finalidad de que todo lo vivo que la Madre Muerte da a la luz sea abatido, desnudado bajo la luz. Y, al ser desnudado, se queda en corteza, en polvo, en tierra, en otra vez solo tierra.

Mas la Tierra bebe, embebe porque tiene sed; se concreta en sed si se la deja sin el agua ansiada. Mas el agua no le basta. La esterilidad de sus arenas, que de agua ya no necesitan para engendrar seres vivos, embebe lo vivo por irresistible mandato, fatal como el de la muerte, quedándose como estaban, áridas y sin huella de lo viviente trasegado. Como si el dar la vida fuera exclusivo de la tierra, astro muerto que al fin logra fabricar vida por un privilegio que es al par un «sobrehumano» trabajo, obra de algo divino, chispa de divino fuego ávido de la luz perdida allá en lo hondo. Y que desde allí, a fuerza de esforzarse, la ha sacudido un día torciéndola sobre sí misma, encorvándola, tendiendo a enroscarse, a ser sierpe ella también, buscando beber la luz, ofreciéndole un hueco para guardarla, queriendo encerrar la luz dentro de sí, en ansia de tener un dentro, unas entrañas, para la lluvia de la luz primera, a la que en humilde y desesperado modo se adhiere así torcida, como sea, sin recato y sin cuidar de su compostura, al borde del abismo de los espacios, inclinándose ante ellos, retorciéndose en ellos como pobre entraña de la luz celeste.

Como una pobre entraña de la luz celeste, color de la pobreza misma, cenicienta de los astros, la tierra bebe la luz y se alza y retuerce, repta por la órbita que al fin le han dado sin ella saberlo ni buscarlo. Buscaba, sigue buscando, alzarse y beber. Y bajarse, redondearse y ser; ser firme, consistente. Y así atrae creando peso, produciendo gravitación que imanta y fija la luz misma que irresistiblemente ha de bajar hasta ella. Y de estas dos ansias proviene su inclinación, que todo en ella se deslice hacia abajo o se alce hacia arriba, que se encarama, que suba por su órbita. No es horizontal la tierra ni se mueve horizontalmente siguiendo un plano de reposo. Criatura de pasión, como cuerpo planetario, condensada palpitación del cosmos, que si hubiera de ser concebido según ella habría de ser una inmensa pasión, una ardiente, multiencendida pasión; fuego sostenido, rodeado, por las aguas, por el Agua primera, la criatura primera que no se desprendió, y el aliento del fuego, el silbido del fuego preanuncio de la palabra. La luz entrañada es fuego, respiración, aliento que procede hacia la palabra.

Pues que todo el universo cayó un día separándose, y que la vida es la respuesta que atestigua el origen, y que le responde. La vida es una respuesta al origen y de él guarda el soplo. Y la caída inicial se sostiene como muerte; la muerte que sostiene a la vida, que va proporcionando materia, cuerpo, al soplo de la vida que renace, que insiste en reproducirse ilimitadamente, sin más lí-

mite que el cuerpo mortal que la materia, a causa de la caída, le va dando. Un cuerpo que ella, la Madre, tiene que retirar un día. Entre vida y muerte media mientras tanto el tiempo.

4

Implica el sacro relato del Génesis la generación del tiempo que no se hace explícita. ¿Coetáneo de la palabra creadora o su consecuencia, condición que el acto creador puso en todo lo creado? Separación y juntura, quicio, el tiempo. Quicio del girar de la creación ya en el proceder mismo de la creación: un día, otro... seis y uno más, reposo divino, dejada ya la obra de sus manos. Y dos modalidades del tiempo cualitativas ya marcadas: tiempo sucesivo, en que unas cosas, unas criaturas, surgen, y después otras, la procesión primera que acaba, finitud; y un día distinto de retorno: la quietud, retirada del creador sobre sí mismo, subsistencia del ser tras de la entrega. Un día, ¿o simplemente el día más allá de la procesión del tiempo?

El tiempo –eje, quicio, mediador– guardará la huella de esta vuelta, de este retirarse hacia dentro, diríamos los mortales. Y así, la vida, toda la vida, seguiría la procesión del tiempo creador, sucesión de fatigas en la vida de acá que conocemos, para acabar. Y luego esa retirada, esa calma del creador en lo creado, sería, a través de la muerte, entrada en la quietud primera. Mas eso, si se mira solamente al cesar de las fatigas del viviente. Hay otra versión vital: el salirse de la procesión, el derramar el tiempo en que todavía se está durante el ciclo de la vida, el salirse para derramarse y encontrarse en la vida sin más, en la vida toda. El gozo de la vida y su canto.

La experiencia de la vida

La experiencia es la transparencia desde el sujeto que mira su propio vivir. El medio es sin duda la conciencia, especie de cristal que se hace visible cuanto mayor sea la transparencia.

La experiencia es así un inacabable proceso, pues que jamás podrá llegar a su total resultado, a su cumplimiento. Pues si llegara a cumplirse el vivir de un sujeto, le sería presente en orden a la profundidad y en orden al tiempo. Nada nuevo acontecería sin que inmediatamente entrase en esa especie de esfera cristalina, pues el sujeto se habría hecho por completo dueño de sí, se habría apropiado de su propia vida, que sería enteramente suya, sin rastro alguno de esas dos condiciones que parecen acompañar la vida humana: la ambigüedad y una cierta enajenación. Pues que en el hombre se da un conflicto —de esencia trágica— entre su vida y él como sujeto de ella. Sujeto envuelto en ella porque no la posee totalmente, porque apenas la posee y peligra siempre de ser poseído por ella.

Tiene la vida un carácter invasor, donde aparece coloniza, toma posesión de un espacio y trae consigo un tiempo, una modulación del tiempo, y parece consistir, ante todo, en una avidez que devora, y aun consume; en un movimiento que arrastra consigo a aquello que es su centro. Porque vida es siempre vida de alguien, de algo o de alguien a quien tendemos a llamar siempre ser; en realidad, no conocemos la vida, sino seres vivos.

No es posible, por lo tanto, separar la vida del ser a quien pertenece, pues que, llamándose ser vivo el viviente, el sujeto no es nunca la vida, sino el ser y, por tanto, el dueño de esa vida. Y así, la vida, invasora, devoradora, impetuosa y trascendente, tiene siempre un dueño, como un campo habitado, y lo primero que se siente al pasar de lo no vivo a lo vivo es que tiene, lo vivo, un dueño. Un dueño allí presente. Remite la vida a su sueño y así aparece la unidad ser viviente. Mas en el hombre sucede lo inverso, pues que el hombre

se siente él, antes como viviente, como él mismo, y luego como la vida se le presenta. Se le presenta la vida como algo un tanto extraño: el asombro de estar vivo. Puede sentir, ante el hecho de estar vivo, asombro, entusiasmo o temor. Puede sentir la vida como algo que le adviene, que se le sobrepone y aun que le oculta, que le lleva más allá de sí mismo, y aun que le separa, como si fuese la vida una carrera que le aleja de algo hacia lo que espontáneamente se dirige. Y aunque inicialmente fuera a su encuentro, luego sucede que la vida es un extraño camino que se desvía, que se curva obedeciendo a una extraña fuerza, o a su propia ley, siguiendo así una dirección que hay que enderezar, una envoltura que hay que deshacer. La lucha por la vida es, ante todo, lucha con la vida, y el hacerla es tener que deshacerla un tanto.

Vivir en el hombre es algo que toma su origen desde su dueño, el sujeto que continuamente la rectifica en su espontánea y extraña dirección. Y en este rectificar tiene presente dos polos: uno, el futuro, la finalidad a seguir cuando es declarada, o, más otro, no declarado, no descubierto en su presencia. Desde la divergencia entre lo buscado y la dirección autónoma de la vida, vuelve el hombre, ha de volverse, hacia el otro polo, hacia el inicio de su vivir. Inicio que no es precisamente el cronológico, el primer instante de la vida que se recuerde, sino el origen que se actualiza en todo acto originario: espontáneo, libre, creador.

Como si para el hombre vivir fuera originariamente ir a crear, ir a volcarse de sí mismo encontrándose, a realizarse absolutamente en un único movimiento. Un movimiento que no es el que recorre la distancia que le separa de una finalidad a alcanzar, sino un abrirse como una unidad encerrada que se manifiesta, como un día que se abre y que, en vez de tener ante sí las horas que han de recorrerse una a una, se hiciera día total y único, día del todo. Y de este día único caen luego las horas sucesivas, relativas, antes o después, en una carrera, en un pasar que llega a su término sin haber alcanzado su fin y que ello ha de repetirse, volviendo a su origen.

Mas ese origen, el instante en que el día se abre, está presente en cada hora, en cada instante de esa carrera, la sitúa, la hace aparecer. Y así, cada hora, cada instante se abre también a imagen y semejanza de esa unidad hacia la que se abre el instante primero de todos. Una unidad no alcanzada, más presupuesta y actuante al modo de origen y causa, y de la que se desprende un transitar, un recorrer. Dicho así, sería ciertamente el eterno retorno. El eterno

retorno, tiempo ya, que puede ser el de la naturaleza, el primer tiempo concebido como órbita de un transcurrir sin avanzar, la libertad que en él es solamente espontaneidad.

En el sujeto humano ese retorno al origen llega con una carga. Una carga que es, en cierto modo, un robo, algo cobrado a la realidad en esa carrera. Y si eso puede suceder es porque al vivir, el hombre no solo encuentra resistencia, sino realidad, la realidad que pronto se hace ver como una resistencia que se presenta, una realidad no enteramente oculta, dotada de presencia. Y que o bien aparece con una figura o bien, cuando no la tiene, llama al sujeto para que se la descubra.

La inconsistencia de la vida, su condición invasora y evanescente, en el hombre queda corregida, limitada, empeñada también por el encuentro y la llamada de la realidad. Y esta llamada, este empeño con la realidad, es igualmente un proceso inacabable, que al sujeto le lleva lejos de su inicial partida, de esa su primera, auroral salida en la que la inocencia arriesga perderse y el inicial ímpetu, ese abrirse, ir quedándose ciego.

Y así, el ser humano se encuentra arrastrado y desviado de su primer punto de partida, que llamaría vida, por el vivir mismo y aun por la realidad que ha de descubrir. Porque ella, la realidad, le es dada y le sobreviene, como le adviene la vida.